



S. K. WALLACE

EL CORAZÓN DEL GUERRERO

Hermanos MacLeod, 6

Índice

[El corazón del guerrero](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Otras historias de S. K. Wallace](#)

El corazón del guerrero

Hermanos MacLeod, 6

S. K. Wallace

Sinopsis

El corazón del guerrero

Una Historia de Amor y Paz en las Tierras Altas

En las majestuosas y salvajes tierras altas de Escocia, donde las lealtades son tan firmes como las rocas que forjan el paisaje, dos clanes enemigos están al borde de la guerra. Finlay MacLeod, el más joven y audaz de los hermanos MacLeod, es un guerrero de renombre, conocido tanto por su habilidad en la batalla como por su lealtad inquebrantable a su clan. Sin embargo, cuando se le encomienda la difícil misión de negociar la paz con el clan Fraser, un enemigo de larga data, su vida da un giro inesperado.

En el corazón de la fortaleza Fraser, Finlay conoce a Catriona Fraser, una mujer con un espíritu indomable y una belleza que desafía el acero de cualquier guerrero. Aunque ambos son enemigos naturales, pronto descubren que comparten un deseo profundo por la paz y la reconciliación, un deseo que amenaza con convertirse en algo más peligroso: un amor imposible.

A medida que las tensiones aumentan y la guerra parece inevitable, Finlay y Catriona se enfrentan a decisiones que desafiarán no solo su lealtad a sus clanes, sino también sus corazones. ¿Podrán superar las viejas rencillas y forjar un futuro juntos, o estarán destinados a repetir los errores del pasado?

El Corazón del Guerrero es una historia épica de amor y sacrificio, de batallas internas y externas, donde la esperanza de un nuevo comienzo debe luchar contra el peso de siglos de enemistad. Sumérgete en esta apasionante novela romántica histórica que te llevará a las brumosas tierras de Escocia, donde el amor es tan feroz como las espadas que empuñan sus guerreros.

Prólogo: El Inicio de la Paz

El sol se filtraba tímidamente a través de los gruesos ventanales del castillo MacLeod, tiñendo las antiguas piedras con un cálido resplandor dorado. El aire dentro del salón principal era denso con el peso de la responsabilidad, una sensación que Finlay MacLeod conocía demasiado bien. De pie junto a la gran chimenea, donde el fuego chisporroteaba suavemente, él observaba las llamas danzantes, su mente absorta en los recuerdos de batallas pasadas y heridas aún no cicatrizadas.

Finlay era el menor de los hermanos MacLeod, conocido tanto por su destreza en la batalla como por su naturaleza reflexiva, una combinación que lo había hecho destacar entre los suyos. Sin embargo, hoy se encontraba en un terreno desconocido, enfrentando una misión que lo inquietaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

El laird, su hermano mayor, Alasdair MacLeod, lo observaba desde la gran mesa de roble que dominaba el centro de la sala. Alasdair, con su porte imponente y la mirada aguda que caracterizaba a un líder nato, había convocado a Finlay temprano esa mañana, con un mensaje que no admitía demora.

—Finlay, sé que esta tarea es delicada, pero eres el único en quien confío para llevarla a cabo —dijo Alasdair, rompiendo el silencio con una voz que resonó con autoridad en el amplio salón.

Finlay desvió la mirada del fuego hacia su hermano, encontrando en sus ojos el reflejo de las expectativas que pesaban sobre él. No era solo una misión más. Era una misión que podría decidir el futuro de su clan.

—Los Fraser han sido nuestros enemigos durante generaciones —continuó Alasdair—, pero los tiempos cambian. La guerra no ha traído más que muerte y desolación a nuestras tierras. Es hora de que intentemos algo diferente.

Finlay sabía que Alasdair tenía razón. Las constantes disputas con el clan Fraser habían agotado a ambos lados, dejando un rastro de resentimiento y pérdida. Pero la idea de negociar la paz con aquellos que habían causado tanto dolor le resultaba casi impensable. Las cicatrices en su cuerpo y en su alma eran testimonio de las batallas libradas, de las vidas perdidas, de la sangre derramada. ¿Cómo podía ahora, después de todo eso, sentarse a hablar de paz?

—Entiendo lo que dices, hermano, pero... ¿por qué yo? —preguntó Finlay, su voz baja pero cargada de emoción contenida.

Alasdair esbozó una leve sonrisa, una mezcla de comprensión y resolución.

—Porque eres un guerrero, Finlay, pero también eres alguien que sabe escuchar. Sabes cuándo levantar la espada y cuándo es mejor bajar el escudo. Necesitamos a alguien que pueda

representar la fuerza de los MacLeod sin dejar de lado la razón. Los Fraser son un clan orgulloso, igual que nosotros. Si alguien puede llegar a un entendimiento con ellos, eres tú.

Finlay sintió el peso de las palabras de su hermano. Era cierto que había aprendido a dominar el arte de la guerra, pero también había aprendido que la verdadera fuerza no siempre residía en el filo de una espada. Sin embargo, la idea de enfrentarse a los Fraser en una mesa de negociación, en lugar de en el campo de batalla, lo llenaba de incertidumbre.

—¿Qué sabemos de ellos? —preguntó finalmente, tratando de centrarse en los hechos.

Alasdair se levantó de la mesa y caminó hacia una estantería llena de pergaminos y mapas. Tomó uno de ellos y lo extendió sobre la mesa.

—Catriona Fraser —dijo, señalando un punto en el mapa que marcaba el territorio del clan rival—. Hija del laird Fraser. Es conocida por su inteligencia y su firmeza, pero también por su deseo de ver a su pueblo prosperar. He oído que ella es quien realmente maneja las decisiones estratégicas en su clan.

Finlay se acercó al mapa, observando con atención el nombre de Catriona Fraser. Había escuchado rumores sobre ella, historias de su valentía y su lealtad a su gente, pero nunca había pensado que sus caminos se cruzarían de esta manera.

—Ella es la clave —continuó Alasdair—. Si puedes ganarte su confianza, hay una posibilidad real de que podamos alcanzar un acuerdo. Pero no te equivoques, Finlay, esto no será fácil. Los Fraser son desconfiados por naturaleza, y con razón. Deberás ser cauteloso, pero también decidido.

Finlay asintió lentamente, sus pensamientos volviéndose hacia la tarea que tenía por delante. Era un guerrero acostumbrado a luchar con espadas y escudos, no con palabras y diplomacia. Pero ahora se enfrentaba a una batalla diferente, una en la que el honor y la astucia serían sus únicas armas.

—Haré lo que pueda —dijo finalmente, su voz firme pero consciente de la magnitud de la tarea.

Alasdair colocó una mano en el hombro de su hermano menor, un gesto de apoyo y confianza.

—Confío en ti, Finlay. El destino de nuestro clan está en tus manos. Si logras forjar esta paz, asegurarás el futuro de los MacLeod y de nuestras tierras.

Finlay sintió el peso de esas palabras hundiéndose en su pecho. Sabía que este viaje no sería solo una misión diplomática, sino también un viaje interior, donde tendría que enfrentarse a sus propios prejuicios y temores. Pero también sabía que no podía fallar.

Con una última mirada al fuego, Finlay se volvió hacia la puerta del salón. El viento gélido de las Highlands lo recibió al salir al exterior, recordándole la dureza de la tierra que llamaba hogar. Respiró profundamente, sintiendo la determinación asentarse en su corazón. Había tomado su decisión.

El viaje hacia el clan Fraser comenzaba, y con él, una nueva batalla, una que podría decidir no solo la paz entre los clanes, sino también el rumbo de su propia vida.

Capítulo 1: La Llegada al Territorio Enemigo

El cielo gris de las Highlands se extendía como un manto sobre las tierras del clan Fraser, reflejando el estado de ánimo sombrío de Finlay MacLeod mientras se aproximaba a su destino. El camino de tierra que llevaba a la fortaleza Fraser estaba flanqueado por colinas escarpadas y cubiertas de brezo, una vista que debería haberle resultado familiar, pero que ahora parecía extrañamente intimidante. La escolta que lo acompañaba, un pequeño grupo de guerreros MacLeod seleccionados por su lealtad y destreza, cabalgaba en silencio a su lado, con las manos firmemente sujetas a las riendas y los ojos atentos a cualquier movimiento sospechoso.

El viento azotaba sus rostros, trayendo consigo el aroma salado del mar cercano y el eco distante del batir de las olas contra los acantilados. Pero más allá del sonido del viento y del susurro de las hojas, había una tensión en el aire, una sensación de que cada paso que daban los acercaba a una línea invisible que no deberían cruzar.

—Estamos cerca —dijo uno de los guerreros, rompiendo el silencio que se había asentado sobre el grupo como una capa de niebla.

Finlay asintió, sus ojos clavados en la figura imponente que se perfilaba en el horizonte: la fortaleza del clan Fraser, un bastión de piedra que se alzaba orgulloso sobre una colina, vigilando las tierras que lo rodeaban. Era una construcción formidable, diseñada tanto para proteger como para intimidar, y sus gruesos muros habían soportado innumerables inviernos y asedios.

Al llegar a las puertas de la fortaleza, Finlay pudo sentir las miradas de los guardias Fraser sobre él y su escolta, cada una cargada de desconfianza y hostilidad apenas contenida. Los hombres de Fraser estaban armados y listos, sus manos descansando sobre las empuñaduras de sus espadas, como si estuvieran esperando la más mínima provocación para desenvainarlas.

Uno de los guardias, un hombre alto con una barba espesa y una mirada fría, dio un paso adelante.

—¿Quién viene a las tierras de los Fraser? —preguntó con una voz áspera que resonó en el aire.

—Soy Finlay MacLeod, enviado en nombre del laird de los MacLeod —respondió Finlay, su tono firme pero respetuoso—. Vengo en misión de paz para hablar con vuestro laird.

El guardia lo observó detenidamente, evaluando cada palabra, cada gesto. No había señales de bienvenida en su rostro, solo una cautela que bordeaba la hostilidad. Tras un momento que pareció extenderse interminablemente, el guardia asintió con brusquedad.

—Esperad aquí —ordenó, y sin más palabras, se giró para entrar en la fortaleza.

Finlay soltó un suspiro apenas perceptible, relajando un poco la tensión en sus hombros. Sabía que no podía mostrar ni un atisbo de debilidad, no en este lugar donde cada mirada, cada palabra, sería juzgada. Mientras esperaba, sus ojos recorrieron la imponente estructura de la fortaleza, notando las defensas bien mantenidas y la vigilancia constante de los guerreros que patrullaban las murallas.

Finalmente, el guardia regresó, acompañado por un hombre de porte regio y una mirada severa que solo podía pertenecer a alguien de importancia. Finlay lo reconoció al instante por las descripciones que había escuchado: era Alistair Fraser, el hermano del laird y uno de los hombres más poderosos del clan.

—Eres Finlay MacLeod, ¿verdad? —preguntó Alistair, su voz cargada de una autoridad que no admitía dudas.

—Así es —respondió Finlay, inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto.

—Mi hermano, el laird, ha decidido recibiros, pero solo a ti. Tu escolta deberá permanecer aquí —dijo Alistair, sus ojos fijos en los de Finlay, como si estuviera midiendo su reacción.

Finlay sabía que esto era una prueba. Dejar a su escolta fuera era un riesgo, pero rechazar la oferta podría interpretarse como una señal de desconfianza, algo que no podía permitirse en una misión de paz. Asintió sin vacilar.

—Acepto —dijo con firmeza, girándose hacia sus hombres—. Esperad aquí hasta que regrese.

Los guerreros MacLeod asintieron en silencio, sus rostros inmutables, aunque Finlay pudo ver la preocupación en sus ojos. Con un último vistazo a su escolta, siguió a Alistair hacia la fortaleza.

El interior del castillo Fraser era oscuro y austero, con muros de piedra desnuda que apenas estaban decorados. Pasaron por varios corredores antes de llegar a una gran sala, donde el laird de los Fraser, un hombre de cabello entrecano y rostro marcado por las cicatrices de la vida, estaba sentado en un sillón de madera tallada. A su lado, de pie, había una figura que capturó de inmediato la atención de Finlay: una mujer joven, con cabello oscuro que caía en suaves ondas sobre sus hombros y ojos azules que parecían contener la frialdad de un lago invernal.

Catriona Fraser, la hija del laird, era tal como la había descrito su hermano Alasdair: firme, alerta y con una belleza que no hacía nada por suavizar la dureza de su mirada. Finlay sintió una punzada de reconocimiento; no era solo que hubiera oído hablar de ella, sino que en algún lugar profundo de su ser, algo le decía que esta mujer jugaría un papel crucial en su vida, aunque en ese momento no podía entender cómo.

El laird Fraser lo saludó con una inclinación mínima de la cabeza, apenas un reconocimiento, y lo invitó a hablar.

—Finlay MacLeod, mi hermano me ha informado de vuestra llegada —dijo, su voz grave resonando en la sala—. Habéis venido a hablar de paz, pero debo deciros que, aunque las

palabras son fáciles de pronunciar, los hechos son los que importan. ¿Qué es lo que realmente deseáis?

Finlay tomó un respiro profundo antes de responder, consciente de que cada palabra que pronunciara sería analizada minuciosamente.

—He venido para buscar un camino hacia la paz entre nuestros clanes —comenzó, con una voz que resonaba con la sinceridad que sentía—. Sabemos que nuestras diferencias han causado sufrimiento a ambos lados, y creo que ha llegado el momento de encontrar una solución que beneficie a todos. No deseo más sangre derramada en estas tierras que ambos llamamos hogar.

Catriona, que hasta ese momento había permanecido en silencio, dio un paso adelante.

—¿Y por qué deberíamos confiar en ti, Finlay MacLeod? —preguntó, su voz suave pero cargada de desconfianza—. ¿Qué garantías tenemos de que no es solo otra estratagema para debilitarnos?

Sus palabras eran como dagas, directas y llenas de una fuerza que solo alguien que había sufrido podía poseer. Finlay la miró a los ojos, reconociendo en ellos una determinación que igualaba la suya.

—No puedo ofrecer más garantía que mi palabra y mis acciones —respondió Finlay, manteniendo la mirada de Catriona—. Estoy aquí, solo y sin armas, como muestra de mi sinceridad. Y si bien entiendo vuestras dudas, espero que mis acciones hablen más fuerte que cualquier promesa que pueda hacer.

El laird Fraser intercambió una mirada con su hija, una comunicación silenciosa que habló de años de confianza y entendimiento mutuo.

—Haremos lo que siempre hemos hecho, Finlay MacLeod —dijo el laird, finalmente—. Observaremos, evaluaremos y decidiremos si vuestra presencia aquí es en verdad para el bien de todos o solo otro intento de imponer vuestra voluntad sobre nosotros.

La reunión terminó tan abruptamente como había comenzado, con Alistair llevando a Finlay de regreso a las puertas del castillo, donde su escolta lo esperaba pacientemente. Mientras se alejaban de la fortaleza Fraser, Finlay no pudo evitar sentirse atrapado en una red de desconfianza y expectativas, un laberinto donde cada paso lo acercaba a un destino incierto.

El paisaje de las Highlands, siempre imponente y majestuoso, ahora le parecía un reflejo de su propio estado interior: vasto, hermoso, pero lleno de peligros ocultos. Sabía que la misión que tenía por delante sería difícil, quizás la más difícil que había enfrentado en su vida. Pero también sabía que, en algún lugar de ese terreno hostil, había una oportunidad para algo más grande que la guerra y el odio, algo que valía la pena arriesgarlo todo.

Y mientras el sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados y rojos, Finlay se preparó mentalmente para la batalla que se avecinaba, una batalla no de espadas y escudos, sino de corazones y voluntades.

Capítulo 2: Un Encuentro Inesperado

El día había avanzado con una lentitud exasperante para Finlay MacLeod. Después de su tensa reunión con el laird Fraser y su familia, se encontraba alojado en una de las cámaras del castillo, observando cómo la luz del sol se filtraba a través de las estrechas ventanas de piedra. La atmósfera en el interior del castillo Fraser era sofocante, cargada con siglos de rencor entre sus clanes. Finlay sabía que cada movimiento, cada palabra, sería escrutada con suspicacia. Aun así, no estaba dispuesto a dejarse intimidar por las circunstancias.

Decidió salir a caminar, con la esperanza de que el aire fresco del exterior despejara su mente y le diera la claridad necesaria para enfrentar los desafíos que le aguardaban. Atravesó los corredores del castillo, saludando con un leve movimiento de cabeza a los pocos sirvientes que se cruzaban en su camino, y salió a los jardines.

Los jardines del castillo Fraser eran un oasis de verdor rodeado por la piedra fría de las murallas. A pesar de la tensión que impregnaba el aire, el lugar tenía una belleza indiscutible, con rosales en plena floración y caminos de grava que serpenteaban entre los parterres de flores silvestres. El canto de los pájaros, una melodía casi olvidada en medio de las preocupaciones de Finlay, parecía ofrecer un respiro de la constante vigilancia que sentía desde su llegada.

Mientras caminaba, sumido en sus pensamientos, no se dio cuenta de la figura que se acercaba por el sendero hasta que estuvo casi frente a ella. Al levantar la vista, su mirada se encontró con la de Catriona Fraser.

Por un instante, el tiempo pareció detenerse. Catriona, con un vestido de un azul profundo que resaltaba sus ojos, lo observaba con una mezcla de curiosidad y cautela. Su cabello oscuro estaba recogido en una trenza que caía sobre su hombro, y su postura era erguida, orgullosa, como si el peso de las expectativas y las tradiciones no fuera suficiente para doblarla.

—Lady Catriona —dijo Finlay, rompiendo el silencio que se había instalado entre ellos. Incluyó ligeramente la cabeza en un gesto de respeto, pero mantuvo su mirada firme, dispuesto a enfrentarse a cualquier juicio que ella pudiera tener.

—Finlay MacLeod —respondió ella, su voz tan suave como el viento que susurraba entre las hojas de los árboles, pero cargada con un subtexto de desconfianza—. No esperaba encontrarlos aquí.

—El jardín parecía el lugar más adecuado para reflexionar —dijo Finlay, intentando un tono neutral—. El interior del castillo se siente... opresivo.

Catriona levantó una ceja, evaluando sus palabras. Había algo en su mirada, una chispa que Finlay no pudo identificar de inmediato, pero que lo intrigó.

—Es cierto —admitió ella tras una breve pausa—. A veces, este castillo puede parecer una prisión, incluso para aquellos de nosotros que hemos vivido aquí toda nuestra vida.

Finlay asintió, comprendiendo que detrás de esas palabras había una verdad que quizás iba más allá de lo que ella estaba dispuesta a compartir. La observó con detenimiento, notando cómo la brisa jugueteaba con los mechones sueltos de su cabello, y cómo sus ojos azules parecían contener una mezcla de emociones que no correspondían con la frialdad de sus palabras.

—Parecéis pensativa —dijo Finlay, probando con cautela el terreno—. ¿Puedo preguntaros en qué pensáis?

Catriona lo miró directamente a los ojos, un gesto que Finlay percibió como un desafío.

—Pensaba en lo extrañas que son las circunstancias que os han traído hasta aquí —respondió ella con sinceridad—. Nuestros clanes han sido enemigos por tanto tiempo que es difícil imaginar que algo bueno pueda surgir de esta... negociación.

Finlay dejó escapar un suspiro que no pudo contener. Sabía que convencer a los Fraser de la sinceridad de su misión no sería fácil, y las palabras de Catriona solo confirmaban sus temores.

—Lo entiendo —dijo Finlay, su voz grave—. Y no os culpo por sentirlo así. La historia entre nuestros clanes no ha sido fácil ni justa, y el rencor que llevamos es profundo. Pero también creo que el odio solo engendra más odio, y que si no intentamos buscar una solución ahora, nuestros hijos heredarán las mismas guerras que nosotros.

Las palabras de Finlay parecieron afectar a Catriona, aunque su expresión permaneció inalterable. Hubo un momento de silencio, durante el cual el sonido del agua de una fuente cercana pareció amplificarse, llenando el espacio entre ellos.

—Hablas como si tuvieras la esperanza de que el cambio sea posible —dijo finalmente Catriona, su tono casi desconcertado.

—La esperanza es todo lo que tenemos en este tipo de situaciones —respondió Finlay con sinceridad—. Sin ella, no tendría sentido haber venido hasta aquí.

Catriona lo estudió por un largo momento, como si intentara decidir si sus palabras eran genuinas o si solo formaban parte de un juego político más grande.

—Si de verdad creéis en lo que decís, Finlay MacLeod, tendréis que demostrarlo —dijo ella finalmente, con una seriedad que caló hondo en Finlay.

—Eso espero hacer, Lady Catriona —respondió él, con una determinación que no intentó ocultar.

El viento sopló con un poco más de fuerza, levantando el olor de las flores y mezclándolo con la salinidad del mar. Catriona bajó la mirada por un instante, y Finlay no pudo evitar sentir que

había algo más en juego en ese momento, algo que no se trataba solo de la paz entre sus clanes.

—Este jardín —comenzó Catriona, como si estuviera cambiando de tema— es uno de los pocos lugares en este castillo donde puedo encontrar algo de tranquilidad. Aquí, rodeada de cosas que crecen, a veces puedo olvidar las tensiones y los conflictos que nos rodean.

Finlay asintió, comprendiendo más de lo que ella decía.

—Es un lugar hermoso —dijo, sus palabras cargadas de un significado que no pasó desapercibido para Catriona.

Ella lo miró de nuevo, y por primera vez desde que se habían encontrado, sus ojos mostraron una suavidad que antes había estado ausente.

—Parece que tenéis un ojo para la belleza, Finlay MacLeod —dijo Catriona, su tono más ligero, aunque la tensión subyacente no había desaparecido por completo.

—Solo sé apreciar lo que es verdadero —respondió Finlay, sintiendo cómo sus palabras tomaban un significado más profundo del que había pretendido.

El silencio que siguió fue diferente, no incómodo, sino cargado de posibilidades no dichas. Ambos parecían medir sus siguientes palabras con cuidado, conscientes de que en aquel jardín, rodeados de naturaleza, las reglas del juego político no aplicaban de la misma manera.

Finalmente, fue Catriona quien rompió el silencio, su tono más suave, casi íntimo.

—Este es solo el comienzo, Finlay MacLeod. Si realmente creéis en la paz, tendréis que hacer más que hablar de ella.

Finlay asintió, aceptando el desafío en sus palabras.

—Lo haré, Lady Catriona. Os lo prometo.

Ella lo miró por un largo momento antes de ofrecer una ligera inclinación de cabeza, una señal de que, por ahora, lo aceptaba.

—Espero que así sea —dijo, antes de girarse con elegancia para continuar su paseo por el jardín.

Finlay la observó alejarse, su mente agitada por la interacción que acababan de tener. No era solo la misión diplomática lo que ahora lo preocupaba, sino la creciente conciencia de que esta mujer, con su espíritu indomable y su mirada penetrante, podría ser una clave importante en todo lo que estaba por venir.

Mientras volvía lentamente a sus aposentos, con los jardines de los Fraser a sus espaldas, Finlay no pudo evitar preguntarse cómo se entrelazarían sus caminos en los días venideros. Sabía que su misión no sería fácil, pero también sabía que, de alguna manera, Catriona Fraser sería una parte esencial de lo que estaba por suceder.

Y por primera vez desde que había llegado, sintió un atisbo de emoción, un desafío personal que iba más allá de la política y de las luchas entre clanes. Tal vez, solo tal vez, había algo más en juego que una simple tregua entre enemigos.

Capítulo 3: Primeros Intentos de Negociación

El aire en la sala de reuniones del castillo Fraser estaba cargado de tensión, tan denso que parecía que se podía cortar con un cuchillo. Finlay MacLeod se encontraba de pie frente al laird Fraser, un hombre de porte imponente cuyo rostro estaba marcado por las cicatrices de batallas pasadas y la dureza de la vida en las Highlands. Alrededor de la mesa, varios consejeros del clan Fraser observaban con miradas inquisitivas, cada uno evaluando al visitante que se atrevía a proponer una paz que para ellos sonaba más a rendición que a reconciliación.

—Laird Fraser —comenzó Finlay, su voz firme pero controlada—, he venido en nombre de mi clan con la esperanza de que podamos dejar atrás los conflictos que han desgarrado nuestras tierras durante generaciones. Es hora de que busquemos una solución que beneficie a ambos clanes, que nos permita convivir en paz y prosperar juntos.

El laird Fraser lo miró fijamente, su expresión era una máscara de dureza que apenas dejaba entrever lo que realmente pensaba. Tomó un sorbo de la copa de vino que tenía en la mano antes de responder, midiendo cuidadosamente sus palabras.

—La paz, MacLeod, es una palabra fácil de pronunciar, pero difícil de lograr. Hemos derramado demasiada sangre, hemos perdido a demasiados hombres para simplemente dejarlo todo atrás como si nada hubiera ocurrido. ¿Por qué deberíamos confiar en tu clan ahora? ¿Qué garantía tenemos de que esto no es más que una estratagema para debilitarnos y finalmente aplastarnos?

Finlay sintió el peso de las miradas sobre él, pero no se dejó intimidar. Sabía que las dudas de Fraser no eran infundadas. Los MacLeod y los Fraser habían estado en guerra por tanto tiempo que la desconfianza se había convertido en una segunda naturaleza para ambos clanes.

—No os pido que olvidéis el pasado —replicó Finlay, su voz adquiriendo una nota de urgencia—. Pero si continuamos aferrándonos a él, no habrá futuro para ninguno de nosotros. Los tiempos están cambiando, y con ellos, las amenazas que enfrentamos. Si no nos unimos ahora, otros clanes más poderosos aprovecharán nuestra división y nos destruirán a ambos. Es en la unidad donde encontraremos la fuerza para proteger a nuestros pueblos.

Hubo un murmullo entre los consejeros, un susurro de discusión que llegó hasta los oídos del laird. Fraser apoyó la copa en la mesa con un golpe seco y entrelazó las manos sobre su regazo, observando a Finlay con una intensidad que hubiera hecho tambalearse a un hombre menos decidido.

—Entiendo lo que decís, MacLeod, pero las palabras no son suficientes. Necesitamos hechos, necesitamos garantías. ¿Qué estáis dispuesto a ofrecer para asegurar esta paz?

Finlay respiró hondo, consciente de que este era el punto crítico de la conversación. Si no jugaba bien sus cartas, todo el esfuerzo hasta ahora podría desmoronarse.

—Mi hermano, el laird MacLeod, está dispuesto a ceder algunas tierras que han sido disputadas durante años —comenzó Finlay, notando el ligero levantamiento de cejas entre los consejeros—. Además, proponemos establecer un tratado de comercio entre nuestros clanes, que beneficiará tanto a los Fraser como a los MacLeod. Pero lo más importante, ofrezco mi palabra de que cualquier violación del acuerdo por parte de nuestro clan será castigada con la mayor severidad. No estamos aquí para engañaros, sino para forjar un futuro mejor.

Los ojos de Fraser se entrecerraron, su mente trabajando rápidamente mientras sopesaba la oferta. No era una propuesta fácil de rechazar, pero tampoco era sencilla de aceptar. Conocía el precio de la guerra, pero también el de la paz impuesta por otros.

Mientras los dos hombres continuaban su intercambio, Catriona Fraser observaba desde las sombras, apenas visible para los presentes. Había insistido en estar allí, aunque fuera como una espectadora invisible. Quería ver de cerca a Finlay MacLeod, entender sus motivaciones, descubrir si era un hombre de palabra o simplemente otro guerrero con ambiciones ocultas.

Cada palabra de Finlay resonaba en sus oídos, cada gesto era cuidadosamente analizado. Había algo en él que no encajaba con la imagen que tenía de los MacLeod. No era el típico guerrero arrogante que se creía invencible, sino un hombre que parecía genuinamente comprometido con la causa que defendía. Sin embargo, Catriona sabía que la apariencia podía ser engañosa, y no estaba dispuesta a dejarse llevar por impresiones superficiales.

El laird Fraser finalmente rompió el silencio que se había instalado después de la oferta de Finlay.

—No puedo tomar una decisión ahora —dijo, su voz resonando en la sala—. Necesito consultar con mis consejeros y reflexionar sobre lo que has propuesto. Sin embargo, no te equivoques, MacLeod. Si descubrimos que tus intenciones no son tan nobles como dices, las consecuencias serán severas.

Finlay inclinó la cabeza en señal de respeto, aceptando las palabras de Fraser como una señal de que al menos había logrado mantener la puerta abierta para futuras negociaciones.

—Lo entiendo, laird Fraser. Agradezco vuestra disposición a considerar la paz y espero que, con el tiempo, podamos superar la desconfianza que existe entre nuestros clanes.

Con un gesto, Fraser indicó a sus consejeros que la reunión había terminado. Finlay se retiró de la sala con la misma dignidad con la que había entrado, consciente de que cada paso que daba lo acercaba más a su objetivo, pero también lo exponía a un peligro mayor.

Mientras se dirigía a la salida, Catriona se apartó de las sombras y lo siguió a cierta distancia, manteniéndose fuera de su vista. Quería observarlo un poco más, tratar de entender qué lo motivaba realmente. Cuando llegó al patio del castillo, vio cómo Finlay se detenía un momento

para mirar a su alrededor, su expresión era una mezcla de concentración y algo más profundo, algo que Catriona no pudo identificar de inmediato.

—No es común ver a un MacLeod tan pensativo —dijo, rompiendo finalmente el silencio.

Finlay se giró al escuchar su voz, sorprendido por la repentina aparición de Catriona. Se tomó un momento para responder, evaluando a la mujer que tenía frente a él.

—A veces, la reflexión es más poderosa que la espada —dijo, sin dejarse llevar por la sorpresa—. Y en situaciones como esta, es necesario pensar antes de actuar.

Catriona se acercó un poco más, manteniendo la distancia suficiente para que su presencia no fuera intimidante, pero lo bastante cerca como para que su tono suave llegara con claridad a Finlay.

—Me pregunto si sois igual de cuidadoso en todas las situaciones —replicó ella, con un tono que desafiaba a Finlay a revelarse más.

—Depende de la situación —respondió él, con una leve sonrisa—. Aunque debo admitir que en este caso, hay mucho en juego. Más de lo que algunos podrían pensar.

Catriona lo miró a los ojos, intentando descifrar lo que se ocultaba detrás de su aparente calma. Sabía que los hombres como él estaban entrenados para ocultar sus emociones, para no mostrar debilidad, pero también sabía que había una verdad que yacía bajo la superficie de cada palabra que pronunciaban.

—Entonces, os deseo suerte, Finlay MacLeod —dijo finalmente, con un tono más suave, casi conciliador—. Pero recordad, la suerte solo lleva a un hombre hasta cierto punto. El resto depende de su habilidad.

—Lo sé, Lady Catriona —respondió él, inclinando ligeramente la cabeza en señal de agradecimiento—. Y os aseguro que haré todo lo posible para que esta misión sea un éxito.

Catriona no dijo nada más, pero sus ojos hablaron por ella. Finlay captó la advertencia y la promesa implícita en su mirada. Sabía que ella lo estaría observando, evaluando cada uno de sus movimientos, y que ganarse su confianza sería quizás uno de los mayores desafíos de esta misión.

Cuando Catriona se alejó, Finlay se quedó un momento en el patio, reflexionando sobre el inesperado intercambio. Había algo en esa mujer que lo intrigaba profundamente, algo que lo hacía querer conocerla mejor, no solo como un miembro de un clan rival, sino como un individuo con sus propias luchas y aspiraciones.

El viento sopló con suavidad, llevándose consigo las hojas caídas y el aroma de las flores del jardín. Finlay respiró hondo, sintiendo que estaba en el umbral de algo significativo. No era solo la paz entre los clanes lo que estaba en juego, sino también algo más personal, algo que apenas comenzaba a vislumbrar.

Con ese pensamiento, se dirigió de vuelta a su alojamiento, sabiendo que los próximos días serían decisivos, no solo para la misión diplomática, sino para su propia vida.

Capítulo 4: La Cena Diplomática

El salón principal del castillo Fraser resplandecía con la luz cálida de las antorchas y los candelabros, cuyas llamas danzaban suavemente con el aire que se filtraba a través de las estrechas ventanas. Las grandes mesas estaban cubiertas con manteles de lino y decoradas con arreglos florales que, aunque sencillos, exudaban un aire de elegante sobriedad. Los aromas de la comida recién preparada llenaban la estancia, creando una atmósfera que intentaba, al menos por una noche, enmascarar las tensiones latentes entre los clanes.

Finlay MacLeod, vestido con sus mejores galas, entró al salón acompañado por dos de sus hombres de confianza, quienes se situaron discretamente en el fondo de la sala. Aunque estaba acostumbrado a las reuniones formales, sentía el peso de cada mirada que lo seguía. Los ojos de los Fraser lo observaban con una mezcla de curiosidad y desconfianza, preguntándose si detrás de su apariencia digna se ocultaba algún truco de los MacLeod.

El laird Fraser, un hombre de robusta presencia y una autoridad natural, se levantó al verlo entrar y lo saludó con una inclinación de cabeza que Finlay correspondió respetuosamente. Los dos intercambiaron palabras breves antes de que el laird indicara la mesa principal, invitando a Finlay a ocupar el asiento de honor a su lado.

—Esta noche es una oportunidad para que nuestros clanes se conozcan mejor, Finlay MacLeod —dijo el laird Fraser mientras se sentaba—. La buena comida y el vino a menudo abren puertas que las palabras no pueden.

Finlay sonrió levemente, reconociendo el valor de la diplomacia suave que Fraser proponía. Sin embargo, estaba al tanto de que esta cena era también una prueba, una oportunidad para que los Fraser evaluaran su carácter y sus intenciones fuera del contexto formal de las negociaciones.

Mientras se acomodaba en su asiento, Finlay notó a Catriona Fraser al otro extremo de la mesa. Vestida con un elegante vestido de color esmeralda, su figura irradiaba una combinación de fuerza y feminidad que no pasó desapercibida para él. Sus ojos, tan penetrantes como la primera vez que los había visto, lo observaron con una expresión que oscilaba entre la curiosidad y la reserva.

La cena comenzó con una sucesión de platos que reflejaban la riqueza de las tierras de los Fraser: cordero asado, pescado fresco de los ríos cercanos, verduras de temporada y panes recién horneados. El vino fluía libremente, y las conversaciones, aunque cuidadosas al principio, se fueron relajando con el paso de los minutos.

Finlay mantuvo un diálogo educado con el laird Fraser, hablando sobre las cosechas, los retos del invierno y los asuntos del clan, pero su mente estaba parcialmente distraída por la presencia de Catriona. Finalmente, cuando la cena principal estaba llegando a su fin y los postres empezaban

a servirse, Catriona se levantó de su asiento y se acercó a la mesa principal, situándose al lado de Finlay.

—Lord Finlay —dijo, con una sonrisa que parecía desafiarlo a igualarla—. He oído que sois un hombre de gran habilidad en el campo de batalla, pero me pregunto si esas habilidades se trasladan a otros ámbitos.

Finlay la miró con interés, reconociendo el desafío implícito en sus palabras.

—Lady Catriona, sois amable al mencionarlo. Aunque debo decir que mis habilidades en la batalla no son tan interesantes como las que se requieren para las negociaciones —respondió, sabiendo que cada palabra que pronunciaba estaba siendo medida.

—¿De verdad lo creéis? —preguntó ella, con una ceja ligeramente arqueada—. A veces, me pregunto si no será más sencillo resolver nuestras diferencias en un campo abierto, en lugar de con tantas palabras y estrategias.

Finlay rió suavemente, sorprendido por la franqueza de Catriona.

—Admito que hay momentos en que la simplicidad de la batalla parece preferible. Pero creo que ambos sabemos que las heridas que se causan con palabras y promesas rotas pueden ser más profundas que las de una espada.

Catriona asintió lentamente, como si considerara sus palabras con cuidado. Luego, tomó una copa de vino y se la ofreció a Finlay, invitándolo a caminar un poco por el salón.

—Tal vez sea cierto, pero eso no significa que debamos dejar que el miedo nos detenga, ¿no es así?

Finlay aceptó la copa y se levantó, siguiéndola mientras ambos se alejaban un poco del bullicio de la mesa principal. Mientras caminaban, notó que varios de los consejeros los seguían con la mirada, aunque ninguno se atrevió a interrumpirlos.

—No deberíamos dejar que el miedo nos detenga —concordó Finlay—. Pero tampoco deberíamos actuar sin pensar en las consecuencias. Es un delicado equilibrio, como una danza entre dos guerreros que se estudian antes de hacer el primer movimiento.

Catriona lo miró de reojo, sin dejar de caminar. Había algo en su expresión, una mezcla de desafío y vulnerabilidad que Finlay apenas podía descifrar.

—¿Y qué pasa si uno de los guerreros decide hacer un movimiento inesperado? —preguntó ella, deteniéndose cerca de una de las grandes ventanas que daban al patio.

Finlay se acercó a su lado, mirando a través del cristal hacia la noche estrellada.

—Eso depende de la naturaleza del movimiento. A veces, un cambio de táctica puede sorprender y llevar a la victoria. Otras veces, puede conducir al desastre —respondió, volviéndose para

mirarla directamente—. Pero sospecho que sois alguien que no teme arriesgarse, Lady Catriona.

Ella le sostuvo la mirada por un largo momento antes de responder.

—Y sospecho que vos tampoco, Lord Finlay. Tal vez esa sea la única manera de romper con el ciclo de desconfianza entre nuestros clanes.

Las palabras de Catriona resonaron en la mente de Finlay, quien no pudo evitar sentir una creciente admiración por la mujer que tenía frente a él. Ella no era solo la hija del laird Fraser, sino alguien con una visión más amplia, alguien que entendía la necesidad de tomar decisiones difíciles en busca de un bien mayor.

—Es posible que tengáis razón —admitió Finlay—. Aunque romper con el pasado no es tarea fácil. Requiere fuerza, pero también mucha paciencia.

Catriona dejó escapar un suspiro suave, como si ese pensamiento la hubiera alcanzado en un nivel más profundo.

—La paciencia no es una virtud que abunde en estos tiempos —dijo, casi en un susurro—. Pero tal vez, juntos, podamos encontrar una manera.

Finlay sintió una conexión creciente entre ellos, una especie de entendimiento tácito que se había formado en medio de la tensión diplomática. No sabía hacia dónde los llevaría esa conversación, pero estaba claro que ambos compartían algo más que la necesidad de paz para sus clanes.

El sonido de una copa al caer al suelo rompió el momento, y ambos se giraron para ver a un sirviente que rápidamente recogía los pedazos. Era un recordatorio de que no estaban solos, de que las miradas y las expectativas de sus clanes los rodeaban constantemente.

Catriona sonrió levemente, como si reconociera la ironía del momento.

—Parece que el mundo no nos dejará solos por mucho tiempo, Lord Finlay.

—Entonces, tal vez deberíamos aprovechar el tiempo que tenemos —sugirió él, con un tono más ligero—. Me gustaría conocer más sobre vos, Lady Catriona. Estoy seguro de que hay mucho que podríamos compartir.

Ella lo miró, sopesando su propuesta, antes de asentir.

—Quizás tengáis razón. Pero os advierto que soy una mujer que guarda muchos secretos. No será fácil desentrañarlos.

Finlay sonrió, aceptando el desafío implícito en sus palabras.

—Nunca he sido alguien que rehúya un desafío, Lady Catriona. De hecho, creo que los desafíos son lo que hace que la vida sea interesante.

Catriona rió suavemente, un sonido que parecía relajar la tensión que había estado colgando en el aire durante toda la noche.

—Entonces, será interesante ver cómo manejáis este desafío, Lord Finlay. Espero que estéis preparado para lo que está por venir.

—Siempre estoy preparado, Lady Catriona —respondió él con firmeza—. Aunque debo admitir que este desafío en particular parece ser uno de los más intrigantes que he enfrentado.

Ambos compartieron una sonrisa cómplice, un pequeño momento de tregua en medio del campo de batalla diplomático que los rodeaba. Era solo el comienzo de algo que ambos intuían, algo que podría cambiar no solo sus vidas, sino el destino de sus clanes.

La noche continuó su curso, y aunque la cena terminó sin mayores incidentes, tanto Finlay como Catriona sabían que algo había cambiado entre ellos. La semilla de una alianza, quizás incluso de algo más profundo, había sido plantada en esa breve conversación junto a la ventana.

Mientras Finlay regresaba a su alojamiento dentro del castillo, no pudo evitar pensar en lo que vendría. Las negociaciones no serían fáciles, y aún quedaban muchas barreras por superar, pero por primera vez desde que había llegado a las tierras de los Fraser,

sentía que la paz no era solo un sueño lejano, sino una posibilidad tangible.

Y en el centro de esa posibilidad estaba Catriona Fraser, una mujer cuya fuerza y determinación lo intrigaban más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Capítulo 5: Secretos en las Sombras

Los pasillos del castillo Fraser, con sus paredes de piedra fría y suelos de madera que crujían bajo los pies, estaban envueltos en un silencio casi sepulcral. La noche había caído hacía horas, y la mayoría de los habitantes del castillo ya se habían retirado a sus habitaciones, dejando las antorchas encendidas solo para alumbrar el camino de los guardias y sirvientes que todavía rondaban por el lugar. Finlay MacLeod, sin embargo, no se encontraba entre aquellos que buscaban el descanso. Había algo en el aire, una tensión sutil pero palpable que lo mantenía alerta.

Después de la cena diplomática, se había retirado a sus aposentos, pero el sueño lo había eludido. Sus pensamientos giraban en torno a las negociaciones y, en particular, a la enigmática Catriona Fraser. Su conversación había despertado en él un interés inesperado, una mezcla de curiosidad y atracción que no podía ignorar. Pero había algo más, una sensación de que todo no era lo que parecía, como si las sonrisas y palabras amables fueran solo una fachada para algo mucho más oscuro.

Decidido a despejar su mente, Finlay había salido a caminar por los pasillos del castillo, confiando en que la quietud de la noche lo ayudaría a ordenar sus pensamientos. Sin embargo, mientras avanzaba por uno de los corredores más alejados de las áreas principales, sus instintos lo alertaron de que no estaba solo. Al acercarse a una esquina, escuchó voces apagadas que provenían de una de las habitaciones cerradas. Deteniéndose en seco, Finlay se acercó con cautela, pegándose a la pared para no ser visto ni oído.

Las voces eran ásperas, cargadas de preocupación y desconfianza. Sin hacer ruido, se inclinó ligeramente hacia adelante, intentando captar cada palabra que se filtraba a través de la pesada puerta de madera.

—...no confío en este MacLeod. ¿Qué nos garantiza que no esté aquí solo para espiarnos y preparar una emboscada? —dijo una voz masculina, grave y llena de desdén.

—Es verdad, hemos luchado contra ellos durante demasiado tiempo como para creer que realmente quieren la paz —agregó otra voz, más aguda y nerviosa—. ¿Y si solo están ganando tiempo para rearmarse?

Finlay sintió que la sangre le hervía ante las acusaciones veladas, pero se obligó a mantenerse en silencio. Tenía que escuchar más, descubrir qué planeaban.

—No podemos permitir que nos tomen por tontos —continuó la primera voz—. Ya hemos perdido demasiado por creer en promesas vacías. Si el laird realmente cree que un MacLeod puede traernos la paz, está más ciego de lo que pensaba.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —preguntó una tercera voz, esta vez una femenina, pero

endurecida por la vida y la desconfianza.

—Debemos estar preparados. Si estos MacLeod intentan algo, debemos ser los primeros en atacar. No podemos esperar a que nos traicionen.

Hubo un murmullo de acuerdo entre los presentes, lo que hizo que Finlay frunciera el ceño. No podía identificar a todos los que hablaban, pero estaba claro que había una facción dentro del clan Fraser que no apoyaba las negociaciones. No solo eso, sino que parecían dispuestos a actuar contra cualquier intento de paz, sin importar las consecuencias.

—¿Y qué hay de Catriona? —preguntó la mujer—. Ella parece interesada en este MacLeod, demasiado interesada, diría yo.

—Catriona siempre ha sido testaruda, pero no permitirá que la engañen. Aunque... si sigue mostrando demasiada simpatía hacia él, podríamos tener que tomar medidas —respondió la primera voz, con una amenaza apenas disimulada.

Finlay sintió que un nudo se formaba en su estómago. La posibilidad de que Catriona estuviera en peligro debido a su cercanía con él no era algo que hubiera considerado. Tenía que hacer algo, pero primero necesitaba más información.

Con movimientos sigilosos, se alejó de la puerta, tomando nota mental de la ubicación exacta de la habitación para poder identificar a los conspiradores más tarde. Mientras avanzaba por el pasillo, su mente trabajaba frenéticamente, sopesando sus opciones. No podía simplemente confrontarlos, no sin pruebas ni sin poner en riesgo las negociaciones. Necesitaba jugar este juego con astucia.

Al girar en una esquina, Finlay se encontró de frente con Catriona. Ella estaba sola, envuelta en una capa oscura que hacía que sus ojos parecieran brillar con una intensidad inusual bajo la tenue luz de las antorchas. Su expresión cambió al verlo, pasando de sorpresa a algo más inquisitivo.

—Lord Finlay, ¿qué hacéis aquí a estas horas? —preguntó con una leve sonrisa, aunque había una clara nota de sospecha en su voz.

Finlay, aún algo alterado por lo que acababa de escuchar, se tomó un momento antes de responder.

—No podía dormir, así que decidí dar un paseo. Este castillo es... fascinante —respondió, intentando sonar casual.

Catriona lo observó detenidamente, como si intentara leer más allá de sus palabras.

—Fascinante, sí, pero también lleno de secretos —replicó, con un tono que sugería que sabía más de lo que estaba diciendo—. Es fácil perderse en ellos.

Finlay percibió un doble sentido en sus palabras, algo que no podía dejar pasar.

—¿Y vos, Lady Catriona? ¿Qué os trae a estos pasillos tan tarde en la noche?

Ella inclinó ligeramente la cabeza, como si considerara qué tanto debía compartir.

—A veces, uno necesita claridad en medio de la oscuridad. La noche tiene una forma de revelar verdades que el día oculta.

Sus palabras resonaron en Finlay, quien se dio cuenta de que quizás ella también había escuchado o descubierto algo. Decidió arriesgarse.

—Parece que no todos en este castillo están tan interesados en la paz como vos y yo —dijo, observando su reacción cuidadosamente.

Catriona no mostró sorpresa, pero sus ojos se oscurecieron ligeramente.

—La paz es algo que algunos solo valoran cuando la han perdido por completo. Otros... nunca la han conocido y la temen.

Finlay dio un paso más cerca, bajando la voz.

—Escuché una conversación hace un momento, una que sugiere que no todos los Fraser están de acuerdo con las negociaciones. De hecho, algunos parecen dispuestos a sabotearlas si es necesario.

Catriona asintió lentamente, sin parecer sorprendida por la revelación.

—Lo sospechaba. No todos en mi clan ven con buenos ojos la posibilidad de un acuerdo con los MacLeod. Hay heridas que no han sanado, y viejos rencores que son difíciles de dejar ir.

—¿Creéis que estarían dispuestos a actuar contra su propio laird? —preguntó Finlay, intentando calibrar el peligro real.

—Si creen que su laird está equivocado o que los MacLeod planean traicionarlos, sí. No subestiméis el poder del miedo y la desconfianza —respondió Catriona con seriedad—. Pero no todos en mi clan son así. Hay quienes desean la paz tanto como vos.

Finlay la miró con aprecio, reconociendo la determinación en su voz. Sabía que ella sería una aliada valiosa, pero también que sus vidas estaban en peligro.

—Debemos ser cuidadosos —dijo Finlay finalmente—. No podemos permitir que estos disidentes pongan en riesgo las negociaciones. Pero tampoco podemos ser demasiado precipitados en nuestras acciones.

—Estoy de acuerdo —asintió Catriona—. Pero también debemos mantenernos vigilantes. A partir de ahora, no hay lugar para errores.

Los dos intercambiaron una mirada de entendimiento, conscientes de que sus próximos pasos

serían cruciales. Las sombras que se cernían sobre las negociaciones eran más profundas de lo que Finlay había imaginado, pero con Catriona a su lado, sintió que tenía una posibilidad de éxito. Sin embargo, una voz en su interior le advertía que el camino por delante sería más peligroso de lo que cualquiera de ellos podía prever.

Mientras Catriona se retiraba, dejándolo solo en el pasillo, Finlay se quedó un momento más, reflexionando sobre todo lo que había descubierto. Las palabras de los conspiradores resonaban en su mente, junto con la preocupación por la seguridad de Catriona. Estaba claro que la situación era más delicada de lo que había supuesto al llegar a las tierras Fraser.

Debía estar preparado para cualquier eventualidad, porque una cosa era segura: las sombras que se movían en los pasillos del castillo no se disiparían fácilmente.

Capítulo 6: El Espíritu Guerrero

El sol apenas había comenzado a asomar sobre las colinas que rodeaban el castillo Fraser, tiñendo el cielo con tonos suaves de rosa y dorado. Finlay MacLeod se despertó temprano, inquieto tras la conversación con Catriona la noche anterior. Las sombras de la conspiración aún pesaban en su mente, pero sabía que no podía permitir que su concentración flaqueara. Había decidido que la mejor manera de ganarse el respeto de los Fraser, y quizás de aliviar la desconfianza que algunos de ellos aún albergaban, era demostrar su valía en el campo de entrenamiento. Allí, donde los hombres se medían con la fuerza de sus brazos y la destreza de sus movimientos, podría mostrar que los MacLeod no eran enemigos fáciles de despreciar.

Vestido con ropas ligeras, propias para el combate, Finlay salió de sus aposentos y caminó con determinación hacia el campo de entrenamiento. A medida que se acercaba, los sonidos familiares de espadas chocando, los gritos de mando y el entrechocar de escudos resonaban en el aire, rompiendo la tranquilidad de la mañana. Era un sonido que había escuchado innumerables veces en su vida, y que siempre lograba encender el fuego en su interior.

Al llegar al campo, observó con detenimiento a los guerreros Fraser. Eran hombres fuertes, endurecidos por años de batalla y entrenamiento riguroso. Finlay se detuvo en un extremo del campo, tomando nota de sus movimientos, de la forma en que manejaban sus espadas y lanzas, de la agilidad con la que esquivaban los golpes. Eran combatientes hábiles, eso era innegable. Sin embargo, percibió una tensión subyacente, como si estuvieran más pendientes de las miradas furtivas entre ellos que del entrenamiento en sí.

No tardó mucho en llamar la atención de uno de los capitanes, un hombre corpulento de rostro curtido y una cicatriz que le cruzaba el rostro. El capitán se acercó con pasos pesados, sus ojos llenos de curiosidad y recelo.

—MacLeod —dijo, su voz era grave y carente de calidez—. ¿Qué os trae por aquí tan temprano?

Finlay lo miró directamente a los ojos, manteniendo una expresión neutral pero firme.

—He venido a entrenar —respondió, su tono igual de directo.

El capitán frunció el ceño, claramente sorprendido por la respuesta.

—¿Entrenar? —repitió, como si la idea de un MacLeod uniendo fuerzas con los Fraser en algo tan íntimo como el entrenamiento fuera difícil de procesar—. Esto no es un juego, forastero.

—No lo es —asintió Finlay—. Y no busco juegos. Solo deseo demostrar que, aunque somos de diferentes clanes, compartimos el mismo espíritu guerrero.

El capitán lo estudió por un momento, evaluando su sinceridad. Finalmente, asintió con la cabeza

y señaló hacia un grupo de hombres que se encontraban practicando con espadas de madera en el centro del campo.

—Muy bien, MacLeod. Vamos a ver si vuestras palabras son tan firmes como vuestro espíritu.

Finlay no respondió, pero su determinación quedó clara cuando avanzó hacia los hombres con paso seguro. Al llegar, tomó una espada de entrenamiento y se posicionó junto a ellos. Los guerreros lo miraron con una mezcla de curiosidad y desconfianza, pero no dijeron nada. El capitán, ahora actuando como observador, dio la señal para que comenzaran.

El primer enfrentamiento fue entre Finlay y un hombre de tamaño similar al suyo, con una barba espesa y una mirada de acero. Ambos se estudiaron durante un breve instante antes de que el Fraser cargara con un grito feroz. Finlay, acostumbrado a la velocidad y precisión, bloqueó el ataque con facilidad, girando sobre sus talones para desviar la fuerza del golpe. Sus movimientos eran fluidos, precisos, casi como una danza.

El guerrero Fraser, sorprendido por la destreza de su oponente, intentó otra ofensiva, pero Finlay estaba preparado. Esquivó el golpe y contraatacó con una rapidez que dejó al otro hombre tambaleándose. Sin darle tiempo para recuperarse, Finlay lo desarmó con un movimiento certero, haciendo que la espada de madera cayera al suelo con un golpe sordo.

El silencio cayó sobre el campo mientras los otros guerreros miraban la escena con asombro. Finlay devolvió la espada de entrenamiento al guerrero derrotado y le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse. El hombre, aunque evidentemente frustrado por la derrota, aceptó el gesto con una inclinación de cabeza.

—Tenéis habilidad, MacLeod —admitió, con una mezcla de respeto y resignación.

—Y vos también —respondió Finlay, con un tono que no dejaba lugar a dudas de su sinceridad.

Antes de que pudiera decir algo más, un nuevo contrincante se adelantó. Esta vez, se trataba de un hombre más joven, con ojos llenos de determinación. Finlay sonrió para sí mismo, admirando el valor del joven, y se preparó para el siguiente enfrentamiento. El entrenamiento continuó durante horas, con Finlay enfrentándose a varios guerreros, demostrando una y otra vez que su habilidad en la batalla no era fruto de la suerte, sino de años de disciplina y experiencia.

Desde la distancia, Catriona observaba la escena. Había salido al campo de entrenamiento por curiosidad, sabiendo que Finlay probablemente intentaría demostrar su valía, pero lo que vio la sorprendió. La forma en que se movía, la gracia con la que esquivaba los ataques y la precisión con la que lanzaba sus propios golpes... Era evidente que Finlay MacLeod no solo era un diplomático, sino también un guerrero de verdad.

Mientras lo observaba, Catriona sintió que algo cambiaba dentro de ella. Hasta ahora, había visto a Finlay como un adversario, un hombre cuya presencia en sus tierras significaba una amenaza potencial para su clan. Sin embargo, al verlo luchar, se dio cuenta de que había más en él de lo que había supuesto. Había honor en sus acciones, una dedicación a su causa que reflejaba lo que

ella misma sentía por su propio pueblo.

El entrenamiento finalmente llegó a su fin cuando el capitán, claramente impresionado por lo que había presenciado, dio la orden de detenerse. Los hombres, agotados pero animados por el desafío, comenzaron a dispersarse, algunos intercambiando comentarios sobre el inesperado talento del MacLeod.

Finlay, respirando con dificultad pero satisfecho, dejó la espada de entrenamiento en su lugar y se giró, solo para encontrar a Catriona mirándolo desde la entrada del campo. Sus ojos se encontraron, y por un momento, el mundo pareció detenerse. Había algo en su mirada que iba más allá de la simple admiración; era como si ella estuviera viendo algo que no había visto antes, algo que la había hecho replantearse sus propias opiniones.

Decidida a descubrir más sobre este hombre que había comenzado a intrigarla, Catriona se acercó a él, su andar seguro y elegante.

—Veo que vuestras habilidades en el campo de batalla son tan impresionantes como vuestra reputación sugiere, Lord Finlay —dijo, con una media sonrisa que no lograba ocultar su admiración.

—Solo intento estar a la altura de los guerreros Fraser —respondió Finlay, sin dejar de mirarla a los ojos.

Catriona soltó una suave risa.

—Creo que habéis hecho algo más que eso. Mis hombres hablan poco, pero cuando lo hacen, sus palabras son sinceras. Y hoy, habéis ganado su respeto, aunque no lo admitan abiertamente.

Finlay asintió, agradecido por sus palabras.

—Respeto que espero poder ganarme también fuera del campo de entrenamiento —dijo, dejando claro que no solo le interesaba la batalla, sino también la paz.

Catriona lo observó en silencio por un momento, como si estuviera sopesando sus palabras. Finalmente, asintió.

—La paz no se gana solo con la espada, pero vuestras acciones hoy han dado un paso importante en esa dirección.

Mientras ambos caminaban hacia la salida del campo, una conexión silenciosa se formó entre ellos. Finlay sentía que, a pesar de las diferencias que los separaban, había encontrado en Catriona a alguien que compartía sus valores, su deseo de algo más grande que las viejas rencillas. Y Catriona, por su parte, comenzaba a ver en Finlay no solo a un enemigo de antaño, sino a un hombre digno de su respeto, y quizás, algo más.

El sol seguía ascendiendo en el cielo, y con él, una nueva esperanza comenzaba a nacer. Sin embargo, tanto Finlay como Catriona sabían que el camino hacia la paz sería largo y lleno de

desafíos. Pero por primera vez, ambos sentían que no estaban tan solos en esa lucha, que tal vez, con el tiempo, podrían encontrar en el otro una alianza más fuerte que cualquier enemistad del pasado.

Mientras los dos se alejaban del campo, el sonido de las espadas y los gritos de batalla quedaban atrás, reemplazados por el suave murmullo del viento que acariciaba las tierras del clan Fraser. Era un recordatorio de que, aunque el espíritu guerrero era vital, también lo era la capacidad de ver más allá de la lucha, de encontrar un terreno común donde antes solo había habido conflicto.

Capítulo 7: El Baile en el Castillo

El salón principal del castillo Fraser estaba iluminado por cientos de velas que proyectaban sombras danzantes en las paredes de piedra, creando un ambiente cálido y acogedor. Los estandartes del clan Fraser colgaban orgullosos, ondeando ligeramente con la brisa que entraba por las altas ventanas. El sonido de la música llenaba el aire, una melodía alegre y vivaz que contrastaba con la tensión que se palpaba entre los asistentes al baile. Aquella noche se celebraba en honor a las negociaciones de paz, un intento de mostrar la unidad y la buena voluntad entre los clanes MacLeod y Fraser, aunque bajo la superficie, no todos compartían ese sentimiento.

Finlay MacLeod, vestido con su mejor tartán, estaba de pie junto a una de las columnas, observando la escena con una mezcla de cautela y curiosidad. No había pasado mucho tiempo desde su llegada al territorio Fraser, pero ya podía sentir las miradas de desconfianza que lo seguían dondequiera que iba. Sin embargo, esa noche era diferente. Había algo en el ambiente, una energía que parecía prometer cambios, y su instinto le decía que debía estar preparado para cualquier cosa.

Sus ojos recorrieron el salón hasta que se detuvieron en una figura al otro lado de la estancia. Catriona Fraser, la hija del laird, estaba rodeada por un grupo de mujeres jóvenes, pero su presencia dominaba la sala de una manera que no podía ser ignorada. Vestida con un elegante vestido de seda verde oscuro, que resaltaba el brillo esmeralda de sus ojos y el tono rojizo de su cabello, Catriona parecía irradiar una mezcla de gracia y fuerza que la hacía destacar entre la multitud.

Catriona sintió su mirada y, alzando la vista, se encontró con los ojos de Finlay. Durante un momento que pareció eterno, el tiempo pareció detenerse, y ambos se miraron con una intensidad que decía más de lo que cualquiera de los dos estaba dispuesto a admitir. Desde que se conocieron en los jardines, sus encuentros habían estado marcados por una mezcla de desconfianza y una atracción innegable que ambos habían intentado ignorar. Pero aquella noche, en medio de la música y el bullicio, ese fuego latente parecía estar a punto de estallar.

Sin apartar la vista de Finlay, Catriona hizo un leve gesto con la cabeza, como invitándolo a acercarse. Finlay no necesitó más. Con pasos decididos, cruzó el salón, consciente de que todas las miradas estaban puestas en ellos. Cuando llegó a su lado, Catriona lo miró con una expresión que mezclaba desafío y curiosidad.

—Lord MacLeod —dijo ella, su voz suave pero firme—. Parece que disfrutas del baile.

—Lady Fraser —respondió Finlay, inclinando ligeramente la cabeza—. No tanto como lo haría si tuviera el honor de bailar con la dama más fascinante de la sala.

Catriona arqueó una ceja, pero una ligera sonrisa curvó sus labios.

—¿Y quién sería esa dama, milord?

—Creo que tú lo sabes muy bien.

Sin esperar una respuesta, Finlay extendió la mano hacia ella. Catriona lo observó por un momento, como si estuviera sopesando su decisión, antes de tomar su mano con elegancia. Juntos, se dirigieron al centro del salón, donde los músicos comenzaban a tocar una melodía suave y envolvente.

Cuando Finlay rodeó su cintura con un brazo y tomó su mano en la otra, Catriona sintió un escalofrío recorrer su espalda. La cercanía de Finlay, su presencia imponente pero extrañamente reconfortante, despertaba en ella sensaciones que no había experimentado antes. Mientras comenzaban a moverse al ritmo de la música, ambos parecían estar en perfecta sintonía, como si hubieran nacido para bailar juntos.

—No esperaba que un guerrero como tú supiera bailar tan bien —comentó Catriona, intentando ocultar el nerviosismo en su voz.

Finlay sonrió, sus ojos brillando con un destello de diversión.

—Hay muchas cosas que no esperabas de mí, Lady Fraser. Pero te aseguro que soy más que un simple guerrero.

Catriona lo miró con escepticismo, pero también con una creciente curiosidad. Finlay era diferente a los hombres que había conocido, y aunque se lo había negado a sí misma, empezaba a sentirse atraída por su misterio y su fuerza interior.

—Y dime, milord —dijo Catriona, bajando la voz mientras giraban suavemente—, ¿qué es lo que esperas encontrar aquí, en estas tierras que no te son tan amigables?

Finlay mantuvo la mirada fija en ella, sus ojos reflejando una mezcla de sinceridad y algo más profundo, algo que él mismo no estaba seguro de comprender del todo.

—Espero encontrar lo mismo que todos buscamos, Lady Fraser. Paz, respeto... y quizás algo más.

—¿Algo más? —Catriona frunció el ceño, aunque en su interior sentía que su corazón latía con más fuerza.

—Sí —respondió Finlay, inclinándose ligeramente hacia ella, su voz apenas un susurro—. Algo que tal vez ni siquiera sabía que estaba buscando hasta que llegué aquí.

Catriona sintió que su corazón daba un vuelco ante esas palabras. Había algo en la forma en que Finlay la miraba, en la manera en que sus palabras resonaban con una sinceridad que no podía negar, que la hacía bajar la guardia, aunque fuera solo un poco.

Mientras continuaban bailando, la música los envolvía, creando un pequeño mundo donde solo

existían ellos dos. Sin embargo, a su alrededor, las miradas de los presentes no pasaban desapercibidas. Algunos observaban con aprobación, esperando que la unión entre los dos clanes trajera finalmente la paz que tanto anhelaban. Pero otros, más reacios, veían con desaprobación el acercamiento entre los dos jóvenes, temiendo que una alianza de ese tipo pudiera debilitar la fortaleza de sus propias tradiciones y rencores ancestrales.

Uno de esos observadores era el propio laird Fraser, quien, desde su asiento elevado en la sala, observaba con una expresión indescifrable. Conocía a su hija y sabía que ella no era de las que se dejaban llevar fácilmente por las emociones. Sin embargo, también sabía que el poder del amor podía ser tan fuerte como cualquier alianza política, y eso lo preocupaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Cuando la música llegó a su fin, Finlay y Catriona se quedaron inmóviles por un momento, sus cuerpos aún próximos, sus respiraciones entrelazadas. El silencio que siguió a la última nota parecía lleno de promesas no dichas, de palabras que ambos sabían que no podían pronunciar, al menos no todavía.

Catriona fue la primera en romper el contacto, alejándose un paso, aunque su mirada seguía atrapada en la de Finlay.

—Gracias por el baile, Lord MacLeod —dijo ella, su voz suave pero firme—. Ha sido... instructivo.

Finlay sonrió, un gesto que era a la vez amistoso y lleno de una promesa implícita.

—El placer ha sido mío, Lady Fraser. Espero que tengamos la oportunidad de repetirlo.

Sin decir más, Catriona se giró y se alejó, consciente de las miradas que la seguían, pero también de la sensación de que, con cada paso, estaba dejando algo importante detrás. Finlay la observó irse, su sonrisa desapareciendo lentamente mientras su mente volvía a las negociaciones de paz y a los desafíos que aún tenían por delante.

El baile había sido solo el comienzo. Ambos sabían que lo que estaba en juego era mucho más que un simple acuerdo entre clanes. Había fuerzas en movimiento, fuerzas que ninguno de los dos comprendía del todo, pero que sabían que los unirían o los destruirían.

Finlay se quedó un momento más en el salón, sus pensamientos enredados en la imagen de Catriona, en la forma en que se habían movido juntos, como si el destino los hubiera puesto en el mismo camino. Pero sabía que el camino no sería fácil. Las miradas de desaprobación, los susurros de traición y los desafíos de ambos clanes se cernían sobre ellos como sombras amenazantes.

Finalmente, se dirigió hacia la salida del salón, decidido a enfrentar lo que viniera, pero también sabiendo que, por primera vez en mucho tiempo, había encontrado algo por lo que realmente valía la pena luchar.

Capítulo 8: Una alianza peligrosa

Catriona avanzaba a través del denso follaje del bosque cercano al castillo Fraser, su corazón latiendo con una mezcla de urgencia y temor. El aire fresco de la tarde llenaba sus pulmones, pero no lograba calmar la tormenta que se agitaba en su interior. Había escuchado fragmentos de una conversación que no debía haber oído, y lo que había descubierto era más que preocupante: algunos miembros del clan estaban planeando sabotear las negociaciones y, lo que era aún peor, atacar a Finlay MacLeod.

Desde su primer encuentro en los jardines, Finlay había despertado en ella una mezcla de emociones que no podía ignorar. Aunque sabía que debía mantener la distancia, su corazón la empujaba en otra dirección, hacia un lugar donde los conflictos de clanes y las rivalidades históricas se desvanecían, y solo quedaba el deseo de proteger a alguien que, contra todo pronóstico, había comenzado a importarle.

Aceleró el paso, sus botas crujían sobre la hojarasca, mientras las sombras de los árboles se alargaban en el suelo a medida que el sol se deslizaba hacia el horizonte. No había tiempo que perder. Sabía que si no llegaba a tiempo para advertir a Finlay, todo lo que ambos habían intentado construir en las últimas semanas se derrumbaría antes de que siquiera tuviera la oportunidad de florecer.

Finalmente, lo vio a lo lejos, entrenando en un claro del bosque, como solía hacer para despejar su mente después de las difíciles negociaciones. Su figura se recortaba contra el crepúsculo, sus movimientos fluidos y precisos mientras manejaba su espada con la destreza de un guerrero nato. Sin embargo, esa imagen de fuerza y control solo intensificó su preocupación. Finlay podía ser un guerrero formidable, pero ¿podría enfrentarse a una emboscada planeada por aquellos que consideraba aliados temporales?

Catriona se detuvo a unos pasos de él, tratando de recuperar el aliento y encontrar las palabras adecuadas. Finlay se dio la vuelta al escuchar el crujido de las hojas bajo sus pies, su expresión pasaba de la concentración a la sorpresa al verla allí.

—Lady Fraser —la saludó, bajando la espada pero sin dejar de observarla con esos ojos penetrantes que parecían leer su alma—. No esperaba verte aquí.

—Lo sé —respondió Catriona, luchando por mantener la calma en su voz—. Pero necesitaba hablar contigo. Es importante.

Finlay notó la tensión en su voz y el ligero temblor en sus manos, indicios de que algo iba terriblemente mal. Sin dudarlo, envainó su espada y se acercó a ella.

—¿Qué sucede? —preguntó, su tono grave.

Catriona tragó saliva, reuniendo el valor para decirle la verdad.

—He escuchado a algunos de los nuestros hablar en secreto. Están planeando sabotear las negociaciones. Y no solo eso... tienen la intención de atacarte esta noche.

Las palabras cayeron como piedras entre ellos, creando un silencio tenso y cargado de implicaciones. Finlay la miró fijamente, tratando de discernir si lo que decía era cierto, aunque la sinceridad en sus ojos le decía que no estaba mintiendo. Sin embargo, el guerrero en él no podía evitar considerar todas las posibilidades.

—¿Por qué me adviertes? —preguntó, con una voz que intentaba ser neutral pero que traicionaba su creciente curiosidad—. Podrías haberte quedado en silencio, podrías haber dejado que sus planes siguieran adelante.

Catriona lo miró directamente a los ojos, decidida a que entendiera lo que sentía.

—Porque esto no se trata solo de ti o de mí. Se trata de algo mucho más grande. Si esas personas logran lo que pretenden, las negociaciones fallarán, y la paz que hemos trabajado tanto por alcanzar se desmoronará. No puedo permitir que eso suceda.

Finlay la observó en silencio durante unos instantes, asimilando lo que ella había dicho. Había algo en la determinación de Catriona que lo conmovía profundamente. Sabía que no era fácil para ella arriesgarse de esa manera, traicionar, en cierto modo, a los suyos por una causa que ni siquiera estaba segura de que valiera la pena.

—Gracias —dijo finalmente, su voz más suave—. Sé lo que te ha costado venir aquí a advertirme.

Catriona asintió, sintiendo una mezcla de alivio y preocupación al ver que él la creía. Sin embargo, el peligro aún estaba presente, y no podían perder el tiempo en agradecimientos.

—Tenemos que hacer algo —urgió ella—. No podemos permitir que se salgan con la suya.

—Tienes razón —concedió Finlay, frunciendo el ceño mientras evaluaba sus opciones—. Pero necesitamos un plan. No podemos simplemente enfrentarnos a ellos sin estar preparados.

Catriona asintió, agradecida por su sensatez en un momento tan crítico. Juntos, se adentraron más en el bosque, hablando en voz baja mientras tramaban su estrategia. Sabían que no podían confiar en nadie más, que cualquier movimiento en falso podría significar el fracaso de su misión y la reanudación de las hostilidades entre los clanes.

—Conozco un lugar seguro —dijo Finlay después de un rato, señalando hacia el este, donde el bosque se espesaba—. Un antiguo refugio de cazadores que encontré mientras exploraba los alrededores. Podemos utilizarlo para esconderte mientras elaboramos un plan para enfrentar esta situación.

—¿Esconderme? —repitió Catriona, levantando una ceja con incredulidad—. No estoy aquí para

esconderme, Finlay. Estoy aquí para luchar.

—Y lucharás —aseguró él, con una sonrisa de aprobación—. Pero debemos ser inteligentes. Necesitamos ganar tiempo, saber con certeza quiénes están detrás de esto y cómo detenerlos antes de que hagan más daño.

Aunque no le gustaba la idea de esconderse, Catriona comprendía la necesidad de ser cautelosa. Sabía que Finlay no la veía como una mujer que necesitara protección, sino como una aliada en una batalla que apenas comenzaba.

Finalmente, llegaron al refugio, una pequeña cabaña de piedra que apenas era visible entre la espesura del bosque. A pesar de su aspecto rústico, el lugar era acogedor y seguro, un escondite ideal para pasar desapercibidos mientras planificaban su siguiente movimiento.

Finlay encendió un pequeño fuego en el hogar de la cabaña, la luz cálida y las llamas danzantes creando un ambiente de intimidad que ambos sentían pero no mencionaban. Catriona se acercó al fuego, extendiendo las manos hacia el calor mientras sus pensamientos se arremolinaban en su mente.

—Esto es más grande de lo que imaginaba —murmuró, más para sí misma que para Finlay—. Si los responsables de este complot logran su objetivo, no solo tú estarás en peligro. Toda la paz que hemos intentado construir se desmoronará, y la guerra será inevitable.

—Lo sé —respondió Finlay, acercándose a ella—. Por eso debemos ser meticulosos. No podemos permitirnos un solo error.

Catriona levantó la vista hacia él, sus ojos reflejando tanto miedo como determinación.

—¿Confías en mí? —preguntó en un susurro, la vulnerabilidad en su voz dejando ver lo mucho que estaba arriesgando.

Finlay la miró a los ojos, sintiendo cómo algo profundo e inexplicable se formaba entre ellos, algo más allá de la atracción física que habían experimentado desde el principio.

—Con mi vida —respondió, sin titubear.

Catriona asintió, aceptando su respuesta y sintiendo cómo su propio corazón se afianzaba en esa confianza mutua que se estaba forjando en medio del peligro. Sabía que sus decisiones a partir de ese momento serían cruciales, no solo para la paz entre sus clanes, sino también para sus propios destinos.

Pasaron horas hablando, elaborando un plan que les permitiera enfrentar a los traidores sin arriesgar la vida de inocentes ni comprometer las negociaciones de paz. Mientras tanto, la noche se cernía sobre ellos, y la tensión en el aire era casi palpable.

Finalmente, cuando ambos sintieron que habían cubierto todos los posibles escenarios, se permitió un momento de descanso. Finlay se sentó junto a Catriona, sus cuerpos cerca mientras

observaban las llamas del fuego.

—No me imaginaba que acabaríamos así —dijo Catriona, rompiendo el silencio—, aliados en medio de una conspiración.

Finlay sonrió, aunque su expresión estaba teñida de seriedad.

—Ni yo. Pero aquí estamos, y haré todo lo que esté en mi poder para que esta paz no se convierta en otra guerra.

Catriona lo miró, una mezcla de admiración y algo más cálido llenando su pecho.

—No eres como los demás hombres que he conocido, Finlay. Hay algo en ti... algo que me hace querer creer que esto es posible.

—¿Qué cosa?

—La paz. La reconciliación. El amor —susurró la última palabra, como si fuera un secreto que apenas se atrevía a pronunciar.

Finlay la miró, sintiendo cómo esas palabras resonaban en su propio corazón. Sab

ía que lo que sentía por Catriona era más que una simple atracción, pero las circunstancias los mantenían en una situación incierta y peligrosa.

—Tal vez lo sea —respondió finalmente, sus palabras cargadas de significado—. Pero antes debemos asegurarnos de que sobrevivimos a esta noche.

Catriona asintió, sabiendo que las horas siguientes serían cruciales. Mientras el fuego crepitaba suavemente, ambos sabían que la noche aún guardaba peligros, pero también una promesa silenciosa de algo más, algo que los unía de una manera que ninguno de los dos podía negar.

La confianza que habían comenzado a construir en ese pequeño refugio en el bosque sería puesta a prueba muy pronto, y ambos estaban decididos a protegerla, sin importar lo que eso les costara.

Capítulo 9: Un Momento de Confianza

En lo alto de la colina, con una vista que dominaba las vastas tierras del clan Fraser, el viento soplaba suavemente, agitando las hojas de los árboles cercanos y acariciando los rostros de Finlay y Catriona. Se encontraban solos, un respiro lejos del castillo y de las intrigas que en él se gestaban. La paz del lugar contrastaba con la tensión de las últimas horas, pero aquí, en la naturaleza, ambos podían permitirse un momento de reflexión y, tal vez, algo más.

Finlay se encontraba de pie, observando el paisaje, las verdes colinas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Era un territorio hermoso, pero también un recordatorio de la rivalidad histórica entre sus clanes. Los recuerdos de las batallas, las pérdidas, y el sufrimiento causado por la guerra invadieron su mente. Sin embargo, este no era el momento para pensar en el pasado. No cuando Catriona estaba a su lado.

—Es difícil imaginar que un lugar tan hermoso haya sido testigo de tanta sangre derramada —dijo Finlay, rompiendo el silencio. Su voz tenía un tono de tristeza, mezclada con la sabiduría de un hombre que ha visto demasiado en su vida.

Catriona, sentada en una roca cercana, levantó la mirada hacia él. Sus ojos se encontraron, y durante un breve instante, el mundo exterior pareció desvanecerse.

—Es cierto —respondió ella en voz baja—. Desde pequeña, siempre supe que estas tierras, mi hogar, eran también un campo de batalla. Mis padres siempre nos enseñaron a defender lo nuestro, a no confiar en aquellos que no llevaban el nombre Fraser. —Suspiró profundamente, mirando el horizonte con nostalgia—. Pero cuando veo esto... —hizo un gesto amplio hacia el paisaje—, me pregunto si alguna vez podremos dejar atrás ese odio.

Finlay se sentó a su lado, notando cómo la luz del sol iluminaba suavemente el rostro de Catriona, acentuando su belleza, pero también la tristeza que llevaba consigo. Era una tristeza que él entendía, que compartía, y que le recordaba que, a pesar de las diferencias, ambos eran víctimas de una historia que no habían elegido.

—No creo que sea fácil —dijo él, su tono ahora más suave, casi como si estuviera hablando consigo mismo—. La desconfianza y el odio son como raíces profundas; no se arrancan sin luchar. Pero, tal vez, no sea imposible. —Su voz se llenó de esperanza, una esperanza que crecía en su interior, en parte gracias a ella.

Catriona lo miró con intensidad, sintiendo una chispa de algo que iba más allá de la simple atracción. Era una conexión, un entendimiento que surgía de sus experiencias compartidas, de su dolor común.

—Mi madre murió cuando yo tenía apenas diez años —confesó de repente, con una vulnerabilidad que pocas veces mostraba—. Fue durante un ataque sorpresa del clan MacKenzie.

Desde entonces, mi vida cambió. Aprendí a ser fuerte, a no mostrar debilidad, porque cualquier signo de flaqueza podía costar muy caro.

Finlay sintió un nudo en el estómago al escuchar esas palabras. No era difícil imaginar a una niña pequeña, enfrentando una pérdida tan devastadora y teniendo que endurecerse para sobrevivir. Se inclinó hacia ella, queriendo ofrecerle consuelo, aunque sabía que las palabras eran insuficientes.

—Lo siento mucho, Catriona —dijo, su voz cargada de sinceridad—. Ningún niño debería tener que pasar por algo así. Pero... —hizo una pausa, midiendo sus palabras—, la fuerza que has encontrado, la mujer en la que te has convertido, es algo admirable. No solo por tu habilidad para liderar o luchar, sino por tu corazón, que sigue adelante a pesar de todo.

Catriona esbozó una sonrisa triste, pero genuina.

—¿Sabes? A veces desearía poder ser diferente. Menos dura, menos combativa. Pero luego recuerdo lo que hemos perdido, lo que aún podríamos perder, y no me permito ceder. La paz es algo por lo que estoy dispuesta a luchar, pero no estoy segura de que el resto del mundo esté listo para eso.

Finlay extendió su mano y la colocó sobre la de ella, un gesto simple pero cargado de significado.

—Tal vez no podamos cambiar el mundo, Catriona. Pero podemos cambiar lo que está a nuestro alcance. Lo que hacemos aquí, hoy, puede ser el comienzo de algo nuevo, algo mejor. Y no tienes que hacerlo sola. Yo estaré a tu lado, si me lo permites.

El contacto entre sus manos fue un punto de inflexión. No era solo la promesa de apoyo en una misión política; era algo más profundo, más personal. Era un reconocimiento mutuo, una aceptación de que sus vidas, de alguna manera, estaban ahora entrelazadas.

—Y yo en ti, Finlay —respondió ella, mirándolo a los ojos con una sinceridad que lo desarmó por completo—. Pase lo que pase, no estarás solo.

El silencio que siguió fue lleno de promesas no dichas, pero ambos sabían que lo que habían empezado en esa colina era algo que continuaría creciendo, desafiando cualquier obstáculo que encontraran en su camino.

A medida que el sol comenzó a descender, tiñendo el cielo de tonos dorados y naranjas, Finlay y Catriona se quedaron allí, en la cima de la colina, contemplando el vasto paisaje que se extendía ante ellos. Era un mundo lleno de incertidumbre, de desafíos y peligros, pero en ese momento, juntos, se sentían capaces de enfrentarlo todo.

Catriona se levantó y, sin soltar la mano de Finlay, lo invitó a caminar un poco más por la colina. El viento acariciaba sus rostros mientras avanzaban por el terreno ondulado, cada paso los llevaba más lejos de las sombras del pasado y más cerca de un futuro que ambos comenzaban a vislumbrar.

—Hay algo que siempre he querido hacer —dijo ella de repente, con un brillo travieso en los ojos que Finlay no había visto antes.

—¿Y qué es eso? —preguntó él, sintiéndose intrigado por la repentina chispa de emoción en su compañera.

Sin decir una palabra, Catriona lo llevó hasta el borde de la colina, donde un árbol solitario se alzaba majestuoso. Se acercó al tronco y, con una sonrisa, sacó un pequeño cuchillo que llevaba oculto en su vestido.

—Siempre he querido dejar mi marca aquí, en este lugar —explicó mientras comenzaba a tallar algo en la corteza del árbol.

Finlay observó, fascinado, mientras ella grababa cuidadosamente un símbolo que no reconocía de inmediato. Cuando terminó, se apartó para que él pudiera ver el resultado de su trabajo. Era una simple flor, con sus pétalos extendidos en todas direcciones, pero para Catriona, representaba mucho más.

—Es un símbolo de esperanza —dijo ella, sus dedos rozando suavemente el grabado—. Algo que me recuerda que, incluso en los momentos más oscuros, la vida sigue adelante, y siempre hay belleza por descubrir, si estamos dispuestos a buscarla.

Finlay sintió que su corazón se conmovía profundamente. Catriona, con su fuerza, su determinación y su capacidad para encontrar belleza incluso en medio de la guerra, lo había impresionado más de lo que habría imaginado.

—Es hermoso —murmuró, acercándose al árbol—. ¿Puedo?

Catriona asintió, entregándole el cuchillo. Finlay se tomó su tiempo, pensando en lo que quería dejar allí, junto a la flor que ella había tallado. Finalmente, decidió por algo simple pero significativo. Talló una pequeña espada, cruzada con una rama de olivo, justo al lado de la flor de Catriona.

—Un símbolo de la paz que ambos deseamos —explicó, devolviéndole el cuchillo.

Catriona lo miró a los ojos, y en ese instante, ambos supieron que, aunque el camino sería difícil, estaban dispuestos a recorrerlo juntos. El pasado había dejado sus cicatrices, pero el futuro, por incierto que fuera, ahora parecía un poco más prometedor.

El día se desvanecía, y con él, las sombras que habían empañado sus corazones durante tanto tiempo. Finlay y Catriona se alejaron del árbol, sabiendo que habían dejado algo importante allí, algo que perduraría más allá de ellos mismos.

—Es hora de regresar —dijo Catriona, aunque en su voz se notaba la reticencia a dejar ese momento.

Finlay asintió, apretando suavemente la mano que aún sostenía.

—Sí, pero esta vez lo haremos juntos —respondió, con una firmeza que reflejaba la nueva certeza que había encontrado en su corazón.

Ambos montaron sus caballos y se dirigieron de regreso al castillo, dejando atrás la colina, pero llevando consigo la promesa de lo que estaba por venir. Y mientras cabalgaban bajo el cielo teñido de crepúsculo, supieron que, pase lo que pase, enfrentarían el futuro juntos.

Capítulo 10: El Ataque Sorpresa

El camino de vuelta al castillo Fraser estaba envuelto en una inquietante calma. Finlay avanzaba con cautela, sus sentidos alerta ante cualquier indicio de peligro. Aunque el aire de la tarde estaba cargado de la fragancia del brezo y el susurro de las hojas al viento, no podía sacudirse la sensación de que algo no estaba bien. Su instinto, forjado en incontables batallas, le advertía de una amenaza inminente.

El sendero serpenteaba entre colinas suaves, rodeadas de espesos bosques que parecían esconder sombras más profundas de lo normal. Finlay mantenía la mano cerca del pomo de su espada, cada sonido amplificado por su atención aguda. Los árboles se cerraban sobre el camino como centinelas, altos y oscuros, creando una atmósfera opresiva.

De repente, un movimiento fugaz en el borde de su visión hizo que su corazón latiera más rápido. Antes de que pudiera reaccionar completamente, una figura emergió de entre los árboles, seguido de otros hombres armados que se lanzaron hacia él con gritos de guerra. La emboscada se desplegó en un instante, y Finlay se encontró rodeado por guerreros rebeldes del clan Fraser, sus rostros endurecidos por la furia y la determinación.

Con un rápido movimiento, Finlay desenvainó su espada, bloqueando el primer ataque con un choque metálico que resonó en el aire. La fuerza del impacto le recorrió el brazo, pero se mantuvo firme, girando sobre sus talones para enfrentar a los atacantes que se acercaban desde todas direcciones. Los rebeldes no eran simplemente bandidos; estos hombres sabían cómo luchar, cómo coordinarse para atacar en conjunto y acorralar a su presa.

El acero chocaba contra el acero, y Finlay se vio obligado a retroceder, luchando por mantener su posición. Aunque su entrenamiento le permitía igualar a cada hombre en habilidad, la superioridad numérica de los atacantes lo estaba empujando al límite. Una hoja pasó silbando cerca de su rostro, cortando un mechón de su cabello, mientras otra le rozó el brazo, dejando un rastro de dolor ardiente.

Sabía que si no encontraba una salida pronto, no saldría vivo de ese enfrentamiento. Estaba solo, enfrentado a una muerte casi segura, cuando un sonido familiar y reconfortante llenó sus oídos: el galope de un caballo acercándose a toda velocidad.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, una figura apareció en el borde del camino, montada en un corcel negro como la noche. Catriona Fraser, con el rostro decidido y el cabello ondeando al viento, se lanzó hacia la batalla, su espada desenvainada y preparada para luchar. Sin dudar, se adentró en el grupo de rebeldes, arremetiendo contra ellos con una ferocidad que sorprendió tanto a Finlay como a los propios atacantes.

—¡Finlay! —gritó, su voz clara sobre el estruendo de la lucha—. ¡Aguanta!

El alivio y la sorpresa lo invadieron al mismo tiempo. Aunque sabía que Catriona era una mujer de gran carácter, no había esperado que se arriesgara tanto por él. Pero allí estaba, cortando con precisión mortal, abriéndose camino entre los guerreros que intentaban rodear a Finlay. Juntos, lucharon como si fueran una unidad, sus movimientos sincronizados por un entendimiento tácito y una confianza que solo crecía con cada golpe asestado.

La batalla era intensa, con los rebeldes atacando con una violencia que dejaba claro que no tenían intención de dejar sobrevivientes. Sin embargo, Catriona y Finlay, espalda con espalda, repelían los ataques con una combinación de habilidad y determinación que comenzaba a hacer mella en sus oponentes. Cada rebelde que caía parecía minar la moral de los que quedaban, y pronto, la fuerza de la emboscada se desmoronó.

El último de los atacantes, dándose cuenta de que la batalla estaba perdida, lanzó un grito de rabia antes de retroceder hacia el bosque, seguido por los pocos sobrevivientes que aún quedaban en pie. El eco de sus pisadas y susurros se desvaneció rápidamente, dejando a Finlay y Catriona en medio de un camino salpicado de cuerpos y espadas abandonadas.

Finlay bajó su espada, respirando con dificultad mientras trataba de recuperar el aliento. Su cuerpo estaba cubierto de sudor y polvo, y las heridas que había sufrido comenzaban a doler con más intensidad a medida que la adrenalina disminuía.

—¿Estás herido? —preguntó Catriona, acercándose a él con el ceño fruncido de preocupación. Sus ojos recorrían su cuerpo, buscando cualquier señal de daño.

—Solo unos rasguños —respondió Finlay, su voz algo ronca por el esfuerzo—. Nada que no haya soportado antes.

Catriona no pareció convencida, pero asintió. Su mirada se suavizó al encontrar la de él, y por un momento, el peligro que acababan de enfrentar pareció desvanecerse, reemplazado por una silenciosa comprensión entre ellos.

—Llegaste justo a tiempo —dijo Finlay, sinceramente agradecido—. No sé qué hubiera hecho sin ti.

—No podía dejar que te mataran —respondió ella, con una franqueza que lo desarmó—. No después de todo lo que hemos pasado.

Sus palabras, cargadas de una emoción que Finlay apenas comenzaba a comprender, lo dejaron sin respuesta. Durante un breve instante, estuvieron inmóviles, rodeados por el silencio del bosque, cada uno tomando conciencia de la profundidad de la conexión que había surgido entre ellos en medio de la violencia y el caos.

Finalmente, Finlay rompió el silencio, recordando la urgencia de la situación.

—Tenemos que volver al castillo. No sabemos si habrá más atacantes —dijo, aunque su voz no tenía la firmeza de antes.

Catriona asintió, aunque su mirada seguía fija en él, como si quisiera decir algo más, algo que no estaba segura de poder expresar.

Ambos subieron a sus caballos y comenzaron el camino de regreso al castillo Fraser, manteniendo un ojo vigilante en el entorno. A pesar de la tensión latente, el viaje transcurrió sin más incidentes, y pronto las torres del castillo se alzaron ante ellos, imponentes contra el cielo teñido de anaranjado por el sol poniente.

Al llegar, fueron recibidos por guardias alarmados por el estado de Finlay y las señales de lucha en sus ropas y armaduras. Catriona rápidamente ordenó que se enviara ayuda para limpiar el camino y recoger a los heridos, pero su atención principal estaba en Finlay.

—Necesitas que te atiendan esas heridas —dijo con firmeza, tomando su brazo para guiarlo hacia el interior del castillo.

—Solo después de que tú también estés segura —insistió Finlay, demostrando su preocupación por ella, a pesar de su propio dolor.

Catriona lo miró con un toque de exasperación, pero también con un atisbo de ternura que lo desarmó por completo.

—Estoy bien —dijo, suavizando su tono—. Es a ti a quien casi matan, recuerda.

Finlay dejó escapar una risa entre dientes, a pesar de que le dolía todo el cuerpo. Aunque ambos sabían que el peligro aún no había pasado, ese momento de ligereza compartida era un recordatorio de que no estaban solos en esta lucha.

Una vez dentro del castillo, Catriona se aseguró de que Finlay recibiera atención médica. Mientras un curandero limpiaba y vendaba sus heridas, ella permaneció cerca, observando con atención cada movimiento, como si no pudiera relajarse hasta estar segura de que él estaría bien.

Cuando el curandero terminó, dejándolos solos, el silencio entre ellos volvió a llenarse de una tensión diferente, una que había estado creciendo desde que habían luchado juntos en el bosque.

—Gracias, Catriona —dijo Finlay, su voz suave mientras sus ojos la buscaban—. No solo por salvarme la vida, sino por estar aquí... conmigo.

Catriona lo miró, sus ojos oscuros reflejando la luz de las antorchas que iluminaban la habitación.

—No tienes que agradecerme, Finlay —respondió en un susurro—. Lo hice porque... porque no podía soportar la idea de perderte.

Esas palabras hicieron eco en el corazón de Finlay, y antes de que pudiera detenerse, dio un paso hacia ella, sus manos alcanzando las suyas. La atracción que había estado creciendo entre ellos era palpable, y en ese momento, el peligro, las diferencias entre sus clanes y las complicaciones de su situación se desvanecieron, dejando solo la verdad de lo que sentían el uno por el otro.

—Catriona... —empezó, pero las palabras se desvanecieron mientras se inclinaba hacia ella.

Catriona cerró los ojos cuando los labios de Finlay encontraron los suyos en un beso lleno de emoción contenida, de todo lo que no habían dicho pero que sus corazones sabían. Fue un beso que selló una promesa silenciosa, una promesa de luchar juntos, no solo por la paz entre sus clanes, sino también por el amor que estaba floreciendo entre ellos.

Cuando se separaron, ambos sabían que sus vidas habían cambiado para siempre. Lo que les esperaba aún estaba lleno de incertidumbre y peligro, pero en ese momento, lo único que importaba era que estaban juntos.

—Pase lo que pase, no lo enfrentarás sola —dijo Finlay con firmeza, apretando la mano de Catriona, su mirada llena de determinación.

Catriona asintió, sabiendo que esas palabras no eran solo una promesa, sino una verdad que ambos estaban dispuestos a defender con todo lo que tenían.

Juntos, se prepararon para lo que vendría, sabiendo que el camino hacia la paz y el amor no sería fácil, pero seguros de que lo recorrerían juntos, lado a lado, como aliados y como algo más, algo que aún estaba en susurros, pero que pronto se convertiría en el rugido de un amor verdadero.

Capítulo 11: Las Consecuencias

El castillo Fraser, con sus paredes de piedra maciza y sus torres imponentes, parecía más sombrío que nunca al caer la noche. La luna brillaba débilmente a través de las nubes que se arremolinaban en el cielo, mientras el aire, frío y cargado de tensión, atravesaba los pasillos oscuros. Dentro de los muros, la agitación se extendía como un fuego incontrolable. Las puertas se abrían y cerraban con fuerza, las voces murmuraban y los pasos apresurados resonaban en los suelos de piedra, creando un ambiente de inquietud palpable.

Finlay se encontraba en la gran sala del castillo, su expresión severa mientras observaba a los miembros del clan Fraser que lo rodeaban con miradas acusatorias. El laird Fraser, un hombre de porte robusto y rostro curtido por los años de liderazgo, estaba de pie frente a él, con los ojos entrecerrados por la ira contenida. La noticia del ataque había llegado al castillo, y con ella, la desconfianza y el resentimiento habían renacido.

—¿Cómo explicas esto, MacLeod? —rugió el laird Fraser, su voz resonando en la sala como un trueno—. Viniste aquí en nombre de la paz, pero todo lo que has traído es sangre y muerte a nuestras tierras.

Finlay mantuvo la mirada firme, consciente de que cada palabra que pronunciara en ese momento podría decidir el destino de las negociaciones, o peor aún, avivar las llamas de un conflicto renovado.

—Mi laird, lamento profundamente lo sucedido —comenzó, su tono controlado pero lleno de sinceridad—. No tenía conocimiento alguno de que se planeaba un ataque, ni mucho menos he tenido parte en ello. Yo mismo fui víctima de la emboscada, apenas escapando con vida.

Las palabras de Finlay no parecieron calmar al laird Fraser, quien dio un paso hacia él, su rostro endurecido por la ira.

—¿Y por qué debería creer en tus palabras, MacLeod? —espetó el laird, sus ojos brillando con desconfianza—. Desde que llegaste aquí, los vientos han cambiado. Este castillo no ha conocido más que la paz durante años, hasta que tú cruzaste nuestras puertas.

Finlay sintió el peso de la acusación, pero no podía permitirse mostrar debilidad. Su honor y la paz entre los clanes estaban en juego.

—Entiendo su preocupación, mi laird —dijo, manteniendo su voz firme—. Pero le aseguro que mi intención siempre ha sido la de buscar una solución pacífica a las diferencias entre nuestros clanes. No tengo nada que ganar de un conflicto. El ataque fue obra de elementos descontrolados, de aquellos que buscan sabotear nuestros esfuerzos.

En ese momento, Catriona entró en la sala, su expresión seria pero decidida. Había estado escuchando desde la distancia, preocupada por cómo se desarrollaría la confrontación. Se abrió paso entre los hombres del clan, sus ojos encontrando los de Finlay por un instante antes de

dirigirse a su padre.

—Padre, Finlay está diciendo la verdad —afirmó, su voz clara y firme—. Yo misma fui testigo del ataque, y fue él quien sufrió las mayores heridas. Si no fuera por su habilidad y determinación, es probable que ambos no estuviéramos aquí para contar lo sucedido.

El laird Fraser se volvió hacia su hija, su ceño fruncido mostrando la confusión y el conflicto interno que sentía. Catriona rara vez intervenía en asuntos de ese tipo, pero cuando lo hacía, sus palabras no caían en oídos sordos.

—¿Estás diciendo que confías en este MacLeod? —preguntó el laird, con una mezcla de incredulidad y preocupación en su tono.

Catriona asintió lentamente, sin apartar la mirada de su padre.

—Lo hago, padre. He visto cómo lucha, no solo por su vida, sino también por la paz que ambos clanes necesitan desesperadamente. El ataque fue obra de traidores que no desean la reconciliación. No podemos permitir que ellos determinen el futuro de nuestros pueblos.

Las palabras de Catriona calaron hondo en la multitud reunida en la gran sala. Los murmullos comenzaron a recorrer la habitación, y Finlay notó cómo algunas miradas, antes llenas de desconfianza, se suavizaban ligeramente. Sin embargo, la tensión seguía siendo palpable.

El laird Fraser, aún con la frente arrugada por la preocupación, observó a su hija y luego a Finlay. Sabía que su decisión en ese momento podría tener repercusiones monumentales para su clan y para la frágil paz que estaban intentando construir.

—Si lo que dices es cierto, Catriona, entonces debemos encontrar a los responsables —declaró finalmente el laird, su voz más controlada pero no menos grave—. No permitiré que traidores se escondan bajo mi techo, ni que saboteen nuestros esfuerzos de paz.

Finlay asintió, aliviado por el cambio de tono en las palabras del laird, aunque sabía que la amenaza aún estaba lejos de desaparecer.

—Estoy a su disposición para ayudar en la investigación, mi laird —ofreció Finlay—. Juntos, podemos descubrir quién está detrás de este atentado y asegurarnos de que la paz prevalezca.

El laird Fraser lo miró con intensidad durante unos segundos más, evaluando la sinceridad en los ojos de Finlay. Finalmente, asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Entonces así será —dijo, volviéndose hacia los demás miembros de su clan—. Catriona, tú liderarás esta investigación. Asegúrate de que se haga justicia, y que aquellos que se atreven a traicionar nuestra confianza sean castigados como corresponde.

Catriona asintió, aceptando la responsabilidad con la misma determinación que había mostrado desde el comienzo de esta situación. Aunque sabía que la tarea no sería fácil, estaba decidida a descubrir la verdad, no solo para salvar las negociaciones, sino también porque sentía una creciente necesidad de proteger a Finlay, un hombre que había demostrado ser mucho más que

un enemigo.

Las horas siguientes fueron frenéticas, con Catriona y Finlay trabajando juntos para investigar quiénes estaban detrás del ataque. Interrogaron a los guardias que habían estado de servicio, revisaron las rutas que los rebeldes podrían haber tomado y discutieron las posibles motivaciones que alguien podría tener para sabotear la paz.

Catriona estaba impresionada por la habilidad de Finlay para mantener la calma y la claridad en medio del caos. A pesar de las heridas que había sufrido, nunca se quejó, y siempre estaba dispuesto a colaborar, mostrando un compromiso con la causa que iba más allá de lo que ella había anticipado.

—Parece que alguien dentro de nuestro propio clan está jugando un doble juego —dijo Catriona una noche, mientras revisaban los informes en la sala de mapas del castillo—. Alguien que tiene acceso a información privilegiada y que ha estado trabajando en las sombras para provocar una guerra.

—Es lo que parece —asintió Finlay, su voz grave—. Y eso significa que no podemos confiar en nadie sin pruebas sólidas. Debemos ser cautelosos y rápidos.

La cercanía que había crecido entre ellos durante las investigaciones no pasó desapercibida. Ambos sabían que estaban caminando sobre terreno peligroso, no solo en términos de la seguridad del clan, sino también en lo personal. Sin embargo, la atracción entre ellos era cada vez más fuerte, alimentada por la intensidad de las circunstancias.

Mientras continuaban su investigación, Catriona comenzó a notar pequeños detalles que antes había pasado por alto: conversaciones susurradas entre ciertos miembros del clan, miradas que se desviaban rápidamente cuando ella se acercaba, y movimientos inusuales entre los guardias de la noche. Poco a poco, una imagen más clara comenzó a formarse en su mente, y lo que descubrió la horrorizó.

Una tarde, mientras revisaba algunos documentos en la biblioteca del castillo, Catriona encontró una carta sin firma, pero con un sello que reconoció al instante. Era el sello de uno de los consejeros de su padre, un hombre en el que siempre había confiado. La carta era una comunicación secreta con los rebeldes, ordenando el ataque a Finlay y coordinando otras acciones destinadas a desestabilizar las negociaciones.

El descubrimiento dejó a Catriona helada. A pesar de su determinación y su fortaleza, el golpe de saber que alguien tan cercano a su familia estaba traicionando todo lo que habían trabajado para lograr la sacudió profundamente. Sabía que tenía que actuar rápidamente, pero también con extrema cautela. Si su descubrimiento se hacía público antes de tiempo, podría desencadenar un conflicto mayor y poner en peligro tanto a Finlay como a toda su familia.

Decidida, guardó la carta en su capa y salió en busca de Finlay. Lo encontró en la armería, preparándose para lo que ambos sabían que sería una larga noche de vigilancia y planificación.

—Finlay, necesitamos hablar —dijo en voz baja, tomando su brazo y llevándolo a un rincón apartado, lejos de oídos indiscretos.

Él la miró con preocupación, notando la tensión en su expresión.

—¿Qué ocurre, Catriona? —preguntó, con una suavidad que solo usaba con ella.

Catriona sacó la carta de su capa y se la entregó. Mientras Finlay la leía, sus ojos se endurecieron y su mandíbula se tensó.

—Esto... esto cambia todo —murmuró, levantando la mirada hacia ella—. No podemos dejar que esto se salga de control. Si tu padre descubre esto sin estar preparado, podría desatarse una guerra interna.

Catriona asintió, sabiendo que tenía razón. Su corazón latía con fuerza, consciente de que estaban a punto de tomar una decisión que podría cambiar el destino de sus clanes para siempre.

—Confío en ti, Finlay. No solo porque me has demostrado ser un hombre honorable, sino porque sé que compartimos el mismo objetivo: la paz. Debemos actuar juntos y con inteligencia.

Finlay la miró con una mezcla de admiración y preocupación. Sabía lo que estaban a punto de hacer y los riesgos que implicaba. Pero también sabía que no había otra opción. Su determinación de protegerla y de salvar la paz se fortaleció aún más.

—Lo haremos juntos —afirmó, tomando su mano y apretándola con fuerza—. Y lo haremos bien.

Con un plan trazado y una alianza cada vez más fuerte, Catriona y Finlay se prepararon para la confrontación final. El camino hacia la paz estaba lleno de obstáculos, pero estaban listos para enfrentarlos, no como enemigos, sino como aliados, unidos por un propósito mayor y, quizás, por algo mucho más profundo que ambos aún estaban empezando a comprender.

Las sombras de la traición seguían acechando, pero la luz de su confianza mutua comenzaba a brillar con más fuerza, guiándolos hacia el desenlace de esta compleja red de lealtades y desafíos que pondría a prueba no solo su habilidad para liderar, sino también la fortaleza de sus corazones.

Capítulo 12: El dilema del guerrero

En la quietud de la noche, el castillo Fraser parecía estar sumido en un silencio casi solemne, como si los antiguos muros de piedra conocieran los pensamientos que atormentaban a quienes buscaban refugio en su interior. La luna, oculta tras una delgada capa de nubes, proyectaba sombras irregulares sobre el suelo de la habitación de Finlay MacLeod, donde él estaba sentado frente a la ventana, mirando el oscuro paisaje que se extendía más allá de los muros.

El fuego en la chimenea crepitaba suavemente, arrojando un resplandor cálido y danzante que apenas alcanzaba a disipar las sombras en los rincones más alejados de la estancia. Finlay había dejado de lado su armadura, el peso de la misma parecía haberse trasladado a su corazón, que latía con una inquietud que no había sentido en años. Sus pensamientos, normalmente tan claros y enfocados, estaban ahora enredados en un torbellino de emociones y dudas.

Finlay recordaba con nitidez la misión que su hermano mayor, el laird de los MacLeod, le había encomendado. Venir a las tierras del clan Fraser no había sido una decisión fácil para él, y la responsabilidad de negociar la paz entre ambos clanes recaía sobre sus hombros. Desde joven, Finlay había sido conocido por su habilidad en la batalla y su lealtad inquebrantable a su familia, pero ahora enfrentaba un conflicto que no podía resolver con la espada.

Apoyó la frente contra la fría superficie de la ventana, sus pensamientos volviendo una y otra vez a Catriona Fraser. La joven que había conocido como una adversaria se había convertido en alguien mucho más importante para él de lo que estaba dispuesto a admitir. Al principio, su relación había estado marcada por la desconfianza y la tensión, pero a medida que habían pasado más tiempo juntos, esas emociones se habían transformado en algo completamente diferente.

Catriona no era solo una mujer de gran belleza; era también fuerte, inteligente y valiente. Había demostrado ser una líder nata, dispuesta a luchar por lo que creía justo, incluso si eso significaba desafiar las expectativas de su propio clan. Finlay la admiraba por eso, y más allá de la admiración, sentía un afecto creciente por ella, una conexión que lo sorprendía y lo aterrizzaba a partes iguales.

Pero era precisamente esa conexión lo que ahora lo sumía en la confusión. Sabía que su deber como MacLeod era asegurar la paz, pero ¿a qué costo? Si las negociaciones fallaban, si la paz no se lograba, ambos clanes se verían arrastrados a una guerra devastadora. Una guerra que no solo pondría en peligro a su familia, sino también a Catriona y a todos aquellos a quienes ambos querían proteger.

El sonido suave de un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos. Finlay se enderezó, pasando una mano por su cabello para intentar despejar la niebla de dudas que lo envolvía.

—Adelante —dijo, con voz algo ronca.

La puerta se abrió con un ligero crujido y Catriona apareció en el umbral, su figura delicada contrastando con la severidad del entorno. Llevaba un sencillo vestido de lana, que se ajustaba a su cuerpo con naturalidad, y su cabello caía en suaves ondas sobre sus hombros. Sus ojos, sin embargo, eran lo que más llamaba la atención. Miraban a Finlay con una mezcla de preocupación y algo más profundo, algo que resonaba con la misma intensidad que sus propios sentimientos.

—No pude dormir —confesó Catriona, cerrando la puerta detrás de ella y acercándose a la chimenea para calentar sus manos—. Las cosas han sido... difíciles.

Finlay la observó en silencio por un momento, luchando por mantener la compostura que tanto necesitaba.

—Lo sé —respondió finalmente—. Yo tampoco he podido encontrar descanso. Hay demasiado en juego.

Catriona asintió, entendiendo perfectamente la carga que Finlay llevaba sobre sus hombros. Se sentó en la silla junto al fuego, y el silencio se extendió entre ellos, un silencio que no era incómodo, sino lleno de una extraña paz, como si ambos supieran que, en ese momento, no había necesidad de palabras.

Finalmente, Catriona rompió el silencio, su voz apenas un susurro.

—Finlay, sé que estás enfrentando un dilema. Puedes verlo en tus ojos, en la forma en que te mueves... Lo he visto antes en otros hombres, en mi padre, incluso en mis propios hermanos. La guerra, la paz, la lealtad... todo se enreda, y al final, la carga se vuelve insoportable.

Finlay la miró, sorprendido por lo bien que ella lo entendía, pero sin saber cómo responder. Todo lo que quería decirle parecía inadecuado.

—Tienes razón —admitió, su voz más baja de lo habitual—. Estoy atrapado entre lo que debo hacer y lo que quiero hacer. Mi lealtad está con mi clan, con mi familia, pero también siento... siento algo por ti, Catriona. Algo que nunca antes había experimentado.

Catriona levantó la mirada, encontrándose con los ojos de Finlay. En su mirada había vulnerabilidad, pero también una chispa de resolución.

—Yo también lo siento, Finlay —respondió con suavidad—. Pero no podemos permitir que nuestros sentimientos nos distraigan de lo que es realmente importante. Si fallamos en nuestra misión, la guerra será inevitable, y todas esas vidas... toda esa sangre derramada será por nuestra culpa.

Las palabras de Catriona golpearon a Finlay como un martillo. Sabía que tenía razón. No podían permitirse el lujo de dejarse llevar por sus emociones. Pero también sabía que sus sentimientos por ella eran reales, profundos, y que no podría simplemente ignorarlos.

—No sé cómo protegerte —confesó finalmente, su voz cargada de frustración—. Si no logramos la paz, no sé cómo protegerte de lo que vendrá.

Catriona sonrió, una sonrisa pequeña pero llena de una fuerza interna que Finlay admiraba.

—No necesitas protegerme, Finlay. He estado luchando toda mi vida. Puedo cuidarme, y si es necesario, puedo luchar junto a ti. Pero lo que realmente necesitamos es asegurarnos de que no haya una guerra. Eso es lo que nos protegerá a todos.

Finlay asintió lentamente, comprendiendo la verdad en sus palabras. Era un guerrero, pero esta batalla no se ganaría solo con fuerza física. Necesitaba utilizar su inteligencia, su habilidad para negociar, para construir puentes en lugar de destruirlos. Y necesitaba hacerlo no solo por su clan, sino por ella, por ellos.

—Tienes razón —dijo finalmente—. Juntos, podemos encontrar una forma de asegurar la paz. Pero debemos ser inteligentes, debemos ser más astutos que aquellos que quieren que fallemos.

Catriona se levantó y se acercó a él, colocando una mano en su brazo.

—Lo haremos, Finlay. Lo sé. Pero no lo hagas solo por mí. Hazlo por todos los que confían en ti. Hazlo por aquellos que no tienen voz en esta guerra, por aquellos que solo quieren vivir en paz.

Las palabras de Catriona le dieron a Finlay la claridad que necesitaba. La determinación comenzó a surgir dentro de él, como una llama que se aviva con cada pensamiento. Sabía que el camino que tenían por delante sería difícil, que habría desafíos y peligros, pero también sabía que no estaba solo. Catriona estaba a su lado, y juntos podían enfrentarse a cualquier cosa.

—Lo haremos —repitió, su voz ahora llena de convicción—. Lo haremos juntos.

Catriona asintió, sintiendo el mismo fuego encenderse en su interior. A medida que se miraban, ambos sabían que sus destinos estaban entrelazados de una manera que nunca hubieran imaginado. La paz no sería fácil de conseguir, pero estaban dispuestos a luchar por ella, a sacrificar lo que fuera necesario para proteger a aquellos que amaban.

Finlay tomó la mano de Catriona y la apretó con fuerza, como si de alguna manera este simple acto pudiera sellar el pacto que acababan de hacer. Era un pacto de honor, de confianza y de amor, aunque este último aún no hubiera sido expresado en palabras. Ambos sabían que su relación, aunque todavía joven, estaba forjando algo mucho más fuerte, algo que podría resistir cualquier tormenta.

La noche continuó su curso, y mientras las llamas en la chimenea se extinguían lentamente, Finlay y Catriona permanecieron juntos, compartiendo la tranquilidad del momento y el peso del futuro que sabían que tendrían que enfrentar. Afuera, el viento susurraba a través de los árboles, llevando consigo las promesas de desafíos por venir, pero también de esperanza, de un futuro que ambos estaban decididos a forjar, cueste lo que cueste.

El dilema del guerrero aún estaba presente, pero ahora, con Catriona a su lado, Finlay sentía que podía enfrentarlo con una nueva fuerza, una fuerza que provenía no solo de su habilidad en la batalla, sino del amor y la confianza que estaban creciendo entre ellos.

Capítulo 13: La Decisión de Catriona

La noche había caído sobre el castillo Fraser, envolviendo sus antiguas piedras en un manto de sombras y susurros. La luna, en su plenitud, bañaba los alrededores con una luz plateada, creando un contraste con la oscuridad que llenaba el corazón de Catriona mientras se encontraba sola en su habitación. Los pensamientos giraban en su mente, caóticos e implacables, como una tormenta en alta mar.

Catriona se sentó en el borde de su cama, su mirada fija en la llama titilante de la vela que parpadeaba sobre la mesa cercana. La suave luz iluminaba su rostro, reflejando la preocupación y el conflicto internos que la consumían. Había sido educada para ser leal a su clan, para priorizar sus necesidades sobre cualquier sentimiento personal. Sin embargo, ahora, su corazón la arrastraba hacia un camino que nunca había previsto.

Desde el primer encuentro con Finlay MacLeod, algo en su interior había comenzado a cambiar. Al principio, había sido la curiosidad, luego la admiración, y ahora, algo mucho más profundo, más poderoso, la ataba a ese hombre. Aquel guerrero cuya fortaleza y honor habían conquistado su corazón. Pero esa misma fortaleza era también lo que la aterraba. Sabía que si Finlay no lograba su misión de paz, todo lo que había construido en su mente y en su corazón se desmoronaría, y no solo perdería la oportunidad de un futuro con él, sino que condenaría a su pueblo a un ciclo interminable de violencia.

Se levantó de la cama y caminó hacia la ventana, abriéndola para dejar que la brisa fresca de la noche acariciara su rostro. El aire, cargado de la fragancia de los pinos y el sonido lejano del río, le ofreció un momento de claridad en medio de su confusión. Sus ojos se cerraron mientras se apoyaba en el marco de la ventana, intentando encontrar respuestas en el silencio de la noche.

Sabía que su amor por Finlay no podía ser ignorado, pero también sabía que amarle significaba desafiar todo lo que había conocido. Era un amor peligroso, un amor que podría destruirla si no tomaba las decisiones correctas. Pero, ¿cómo podía ella, una mujer atrapada entre dos mundos, encontrar la fuerza para actuar?

Sus pensamientos se volvieron hacia su padre, el laird Fraser, un hombre cuyo amor por su clan era inquebrantable, pero cuyo corazón había sido endurecido por años de enfrentamientos con los MacLeod. Catriona sabía que su padre no aceptaría fácilmente la idea de la paz, mucho menos una paz facilitada por una relación entre su hija y un MacLeod. Pero ¿qué significaba la lealtad si no era para proteger lo que uno más amaba? Y Catriona amaba a su gente, pero también estaba comenzando a amar a Finlay, un hombre que compartía su visión de un futuro sin derramamiento de sangre.

—No puedo seguir así —murmuró, sus palabras flotando en la habitación vacía.

Volvió a la cama y se sentó, su mente trabajando rápidamente mientras intentaba encontrar un camino. Su padre era un hombre de principios, pero también de razón. Si ella lograba hacerle ver que la paz era posible, que esta guerra interminable estaba costando más de lo que cualquiera de ellos estaba dispuesto a admitir, quizás, solo quizás, podría convencerlo. Sin embargo, sabía que esto no sería suficiente. El clan estaba lleno de voces en contra, hombres que veían la guerra como la única solución, y ella tendría que enfrentarse a todos ellos si quería que su voz fuera escuchada.

La puerta de su habitación crujió suavemente, sacándola de sus pensamientos. Su doncella, una mujer mayor con la que Catriona había compartido más de un secreto en su juventud, entró con una expresión preocupada.

—Mi lady, os noto inquieta. ¿Hay algo que pueda hacer por vos?

Catriona le dedicó una sonrisa cansada, agradeciendo en silencio la interrupción.

—No, Morag. Solo pensamientos que no me dejan en paz —respondió, intentando tranquilizarla—. Pero dime, ¿qué piensas tú de todo esto?

Morag la miró con sus ojos oscuros, llenos de sabiduría y preocupación. Era una mujer que había vivido lo suficiente como para entender el mundo más allá de las simples apariencias.

—Os he visto crecer, mi lady. Siempre habéis tenido un corazón fuerte y un espíritu que anhela la justicia. Pero también sé que el camino que estáis considerando no será fácil. Habrá quienes se opondrán, y lo harán con furia. Sin embargo, si de verdad creéis en lo que sentís, si creéis que esto es lo correcto, entonces debéis seguir adelante, sin importar lo que otros piensen.

Las palabras de Morag resonaron en Catriona. Sabía que tenía razón, pero también sabía que esto significaba que tendría que asumir un papel activo en las negociaciones, un papel que hasta ahora había evitado tomar directamente. No podía seguir observando desde las sombras mientras Finlay luchaba solo. Necesitaba ser parte de la solución.

—Gracias, Morag. Siempre has sabido decir lo que necesito escuchar —dijo Catriona, apretando la mano de la mujer mayor con gratitud.

Morag le dedicó una sonrisa cálida antes de inclinarse en una reverencia respetuosa.

—Solo deseo veros feliz, mi lady. Y si esta es la manera, entonces tenéis todo mi apoyo.

Catriona observó a Morag salir de la habitación, dejando atrás un silencio cargado de determinación. Sabía lo que debía hacer, y aunque el miedo a las consecuencias seguía presente, su deseo de un futuro mejor, no solo para ella y Finlay, sino para todos los que dependían de la paz, era más fuerte.

Con una nueva claridad, Catriona se acercó a su escritorio y sacó un pergamino. Sus dedos temblaron ligeramente mientras comenzaba a escribir una carta, una carta que delinearía su plan para convencer a su padre y a los líderes del clan de que la paz era la única opción. Cada palabra

era cuidadosamente elegida, cada frase reflejando no solo su amor por su pueblo, sino también su creencia en que la guerra no tenía que ser el destino inevitable.

Las horas pasaron mientras Catriona trabajaba en su carta, y cuando finalmente terminó, el primer rayo de sol comenzaba a asomarse en el horizonte. Guardó el pergamino en su escritorio y se permitió un momento para respirar profundamente. Había tomado una decisión, una que podría cambiar el curso de la historia para su clan. Pero ya no había vuelta atrás.

Se acercó de nuevo a la ventana, mirando el amanecer con renovada esperanza. Sabía que el camino sería difícil, que habría oposición y quizás incluso traiciones. Pero también sabía que Finlay estaría a su lado, luchando por el mismo sueño de paz.

Mientras el sol ascendía en el cielo, bañando el castillo Fraser con su luz dorada, Catriona se sintió más fuerte que nunca. Su amor por Finlay, lejos de debilitarla, le había dado una nueva fuerza, una que estaba decidida a utilizar para cambiar el destino de su pueblo.

—Estoy lista —susurró, como una promesa al viento.

Con esa determinación, Catriona se preparó para enfrentar el día, consciente de que las decisiones que tomara en las próximas horas definirían no solo su futuro, sino el de todos aquellos a quienes amaba. Y con Finlay a su lado, estaba decidida a asegurar que ese futuro fuera uno de paz y no de destrucción.

Capítulo 14: El Secreto del Laird

El crepúsculo envolvía el castillo Fraser en un manto de sombras alargadas, mientras las antorchas comenzaban a encenderse, iluminando los antiguos muros de piedra con un brillo cálido y tenue. Finlay MacLeod recorría los pasillos, su mente llena de preguntas sin respuesta y una inquietud que lo empujaba hacia la oficina del laird. Sabía que algo no encajaba. Desde su llegada, había sentido una corriente subterránea de tensión en el aire, un murmullo de descontento que parecía envolver a todos en el castillo. Ahora, más que nunca, estaba decidido a descubrir la verdad.

Cuando llegó a la puerta de la oficina, se detuvo un momento, escuchando. El sonido de la madera crepitando en el fuego llenaba el silencio, acompañado por el leve susurro de papeles al ser revisados. Finlay tomó una respiración profunda y golpeó suavemente la puerta.

—Adelante —respondió la voz grave del laird Fraser.

Finlay empujó la puerta y entró en la habitación, inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto. El laird estaba sentado detrás de su gran escritorio de roble, con la mirada fija en un conjunto de documentos extendidos frente a él. Cuando levantó la vista y vio a Finlay, su expresión se endureció, aunque trató de disimular su sorpresa.

—Laird Fraser, necesito hablar con usted —dijo Finlay con firmeza, cerrando la puerta detrás de él.

El laird asintió, gesticulando hacia una silla frente a su escritorio. Finlay tomó asiento, notando el nerviosismo en los movimientos del hombre mayor, una inquietud que hasta entonces había logrado ocultar tras una fachada de autoridad inquebrantable.

—Dime, Finlay, ¿qué te preocupa? —preguntó el laird, su tono intentando parecer casual, pero con un trasfondo de alerta.

—He sentido una tensión creciente en este castillo desde mi llegada. La emboscada en el camino fue solo una muestra de lo que realmente está sucediendo aquí. Y me temo que no todos comparten el deseo de paz. Estoy convencido de que hay algo más, algo que usted no me ha dicho.

El laird Fraser desvió la mirada hacia la ventana, donde el resplandor anaranjado del atardecer apenas se filtraba por las gruesas cortinas. El silencio que siguió fue pesado, cargado de algo más que simples secretos. Finlay esperó pacientemente, sintiendo que este momento era crucial para el futuro de las negociaciones, e incluso para su propia vida.

Finalmente, el laird suspiró y volvió a mirar a Finlay, pero esta vez sus ojos reflejaban una fatiga y una preocupación que antes no había mostrado.

—Lo que dices es cierto, Finlay. Hay fuerzas en movimiento que buscan sabotear estos intentos de paz. Pero lo que no sabes, y lo que nadie fuera de estas paredes conoce, es la verdadera razón por la que algunos miembros de mi clan se oponen tan vehementemente.

Finlay inclinó la cabeza, esperando que el laird continuara.

—Hace muchos años —comenzó el laird, su voz apenas un susurro—, antes de que nacieras, nuestra familia sufrió una gran pérdida. Mi hermano menor, Callum, fue asesinado en circunstancias misteriosas. Era un hombre querido por todos, y su muerte sembró una profunda desconfianza entre nuestros clanes. Se dijo que fueron los MacLeod quienes lo mataron, aunque nunca se probaron las acusaciones. Fue el inicio de la enemistad que persiste hasta hoy.

Finlay sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. La historia de la muerte de Callum Fraser era conocida en las Highlands, pero siempre se había contado desde la perspectiva de una tragedia que avivó el rencor entre los clanes. Ahora, sin embargo, parecía que había más en esa historia de lo que se había revelado.

—¿Cree usted que esa muerte fue...? —comenzó Finlay, pero el laird lo interrumpió.

—No fue solo un asesinato, Finlay. Fue un acto deliberado de traición. Callum había estado en negociaciones secretas con los MacLeod para establecer una paz duradera, incluso uniendo los clanes a través de un matrimonio entre nuestras familias. Pero alguien lo descubrió, alguien dentro de nuestro propio clan, y lo traicionó.

El impacto de esas palabras golpeó a Finlay como un martillo. Todo lo que había creído sobre la historia de la enemistad entre los clanes se tambaleaba. Si la muerte de Callum había sido orquestada por alguien dentro del propio clan Fraser, las implicaciones eran devastadoras.

—¿Y usted sabe quién fue el traidor? —preguntó Finlay, su voz tensa.

El laird Fraser asintió lentamente, su mirada oscura y llena de un dolor que había guardado en secreto durante décadas.

—Lo supe poco después de su muerte, pero por el bien del clan y para evitar una guerra interna, decidí ocultarlo. Fue mi decisión, y he cargado con ese peso desde entonces. Pero ahora, esa verdad amenaza con salir a la luz, y los mismos que estuvieron involucrados están dispuestos a todo para evitar que se sepa.

Finlay se quedó en silencio, asimilando la magnitud de lo que acababa de escuchar. Si este secreto se revelaba, no solo destruiría las posibilidades de paz, sino que podría desencadenar una venganza feroz que arrasaría con ambos clanes.

En ese momento, la puerta de la oficina se abrió bruscamente, y Catriona Fraser entró con determinación. Finlay notó la expresión decidida en su rostro, una mezcla de coraje y resolución que lo dejó sin palabras.

—Padre, sé lo que has ocultado todos estos años —dijo Catriona con voz firme—. He oído suficiente para saber que este secreto podría destruirnos a todos. Pero también sé que es hora de revelarlo, antes de que otros lo usen en nuestra contra.

El laird Fraser la miró con sorpresa, pero también con una tristeza profunda. Sabía que su hija tenía razón, pero la decisión que ella proponía era más difícil de lo que cualquiera de ellos podría imaginar.

—Si revelamos la verdad, perderemos la confianza de muchos en nuestro clan —dijo el laird, con la voz cargada de incertidumbre—. Pero si no lo hacemos, estamos condenados a repetir los errores del pasado.

Catriona dio un paso adelante, sus ojos ardiendo con una intensidad que Finlay nunca había visto antes.

—Padre, la verdad es lo único que puede salvarnos. Si continuamos ocultando esto, no habrá paz, solo más sangre y sufrimiento. Y no estoy dispuesta a permitirlo.

El laird Fraser la observó en silencio durante un largo momento, como si estuviera midiendo el peso de sus palabras. Finalmente, asintió con resignación, comprendiendo que no había otra opción.

—Tienes razón, Catriona —dijo con un suspiro—. Debemos revelar la verdad. Finlay, mañana, en la reunión con los líderes del clan, contaré todo. Lo que suceda después, lo enfrentaremos juntos.

Finlay asintió, sintiendo un profundo respeto por el coraje del laird y de Catriona. Sabía que la revelación de este secreto traería consecuencias devastadoras, pero también comprendía que era un paso necesario para construir un futuro donde la paz fuera posible.

Esa noche, mientras las sombras se alargaban en el castillo Fraser, tres almas se prepararon para enfrentar la verdad, conscientes de que al hacerlo, estaban poniendo en riesgo no solo sus vidas, sino también la esperanza de paz para las generaciones futuras.

Capítulo 15: La Confesión

El sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados, mientras Finlay se adentraba en el bosque, dirigiéndose hacia el claro donde había acordado encontrarse con Catriona. El sonido de las hojas crujientes bajo sus botas y el murmullo distante de un arroyo cercano acompañaban sus pensamientos, llenos de incertidumbre y deseo.

Cuando llegó al claro, la vio allí, de pie junto a un roble imponente. Catriona tenía los brazos cruzados sobre su pecho, como si intentara protegerse de los mismos sentimientos que la habían llevado a aceptar esa reunión. Sus ojos, sin embargo, traicionaban la emoción que bullía en su interior, brillando con una mezcla de resolución y miedo.

Finlay avanzó hacia ella, cada paso acercándolo no solo físicamente, sino también emocionalmente, a la verdad que ambos habían evitado durante demasiado tiempo.

—Catriona —dijo con suavidad, su voz apenas un susurro que se mezclaba con el susurro del viento entre las ramas—. Sabía que estarías aquí antes que yo.

Ella esbozó una leve sonrisa, aunque la tristeza era evidente en sus labios.

—No podía quedarme en el castillo... Necesitaba estar en un lugar donde pudiera pensar, lejos de todo lo que está sucediendo.

Finlay asintió, comprendiendo. El peso de las circunstancias recaía sobre ambos, y aunque la atracción entre ellos era innegable, las tensiones entre sus clanes complicaban cualquier esperanza de un futuro juntos.

—Sé que esto no es fácil para ti —continuó Finlay, acercándose un poco más—. Y lamento que mi presencia haya complicado tu vida de esta manera. Pero... no puedo seguir fingiendo que no siento nada por ti.

Catriona bajó la mirada, sus dedos aferrándose con fuerza a los pliegues de su vestido.

—Tampoco yo puedo ignorar lo que siento, Finlay. Pero... ¿cómo podemos siquiera considerar algo entre nosotros cuando nuestras familias están al borde de una guerra? Si se descubre lo que está ocurriendo entre nosotros, podría desencadenar un conflicto aún mayor.

El corazón de Finlay latió con fuerza ante las palabras de Catriona. Sabía que tenía razón, pero también sabía que lo que sentía por ella era más fuerte que cualquier rivalidad de clanes.

—Catriona —susurró, extendiendo una mano para tomar la suya—. He pasado mi vida luchando por lo que es correcto, por lo que creo que es justo. Y lo que siento por ti, este amor que ha crecido en mi corazón... no es algo que pueda ignorar, ni quiero hacerlo.

Catriona alzó la vista, sus ojos encontrando los de Finlay. En ese momento, todas las barreras que había construido para protegerse comenzaron a desmoronarse. Su amor por él era real, y la idea de perderlo por las antiguas rencillas entre sus familias la aterraba.

—Finlay, yo también te amo —confesó, su voz temblando con la emoción contenida—. Pero... tengo miedo. Miedo de que este amor nos destruya a ambos. Miedo de que nunca podamos superar el odio y la desconfianza que han existido durante tanto tiempo entre nuestros clanes.

Finlay la atrajo hacia sí, envolviéndola en un abrazo cálido y protector. Sentir su cuerpo contra el suyo le dio la fuerza que necesitaba para enfrentar sus propios miedos.

—No dejaré que eso suceda, Catriona —dijo con determinación—. Lucharé por nosotros, por este amor. Y si eso significa enfrentarnos a nuestros clanes, entonces lo haré. No te perderé, no después de todo lo que hemos pasado.

Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Catriona, cayendo en silencio por sus mejillas. Nunca había imaginado que un hombre como Finlay, un guerrero conocido por su fuerza y honor, pudiera amarla de una manera tan profunda y desinteresada.

—No sé cómo podremos hacerlo —susurró contra su pecho—. Pero si estás dispuesto a intentarlo, yo también lo estoy.

Finlay se apartó ligeramente, solo lo suficiente para poder mirarla a los ojos. Luego, inclinó su cabeza y capturó sus labios en un beso suave pero lleno de pasión, un beso que selló la promesa que acababan de hacerse. Los labios de Catriona respondieron con igual fervor, permitiendo que toda la tensión acumulada durante los últimos días se desvaneciera en ese instante de unión.

Cuando el beso terminó, se quedaron en silencio, abrazados bajo la sombra del roble, permitiendo que el momento los envolviera por completo. El claro del bosque, con su serenidad y belleza natural, se convirtió en su refugio, un lugar donde, por un breve instante, el mundo exterior y sus problemas parecían lejanos.

Pero ambos sabían que la realidad volvería a reclamarlos pronto. El camino que tenían por delante estaría lleno de desafíos, tanto por las intrigas políticas como por las diferencias que aún existían entre sus clanes. Aun así, el amor que habían encontrado les dio la esperanza y la fortaleza para enfrentarlo todo.

—Volvamos al castillo —dijo finalmente Finlay, aunque con reluctancia—. Necesitamos prepararnos para lo que viene, pero lo haremos juntos.

Catriona asintió, aferrándose a su mano mientras se dirigían de vuelta al castillo. Aunque el futuro era incierto, sabían que habían dado el primer paso hacia un destino que jamás habían imaginado. Uno que los uniría en cuerpo y alma, enfrentando cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

A medida que caminaban por el bosque, el sol terminaba de ocultarse en el horizonte, dejando

paso a una noche estrellada que parecía augurar un nuevo comienzo. Una nueva esperanza.

Capítulo 16: La Traición Descubierta

El amanecer había teñido el cielo con tonos suaves de rosa y dorado, pero dentro de las murallas del castillo Fraser, la tensión era palpable. Finlay se movía por los pasillos con un creciente malestar en el pecho. Desde el ataque sorpresa en el bosque, había sentido que algo oscuro se cernía sobre las negociaciones, y ahora ese presentimiento estaba a punto de confirmarse.

La noche anterior, uno de los sirvientes del castillo había llegado a él con información alarmante. Había escuchado rumores de una conspiración que no solo pretendía sabotear las conversaciones de paz, sino también desatar un conflicto sangriento entre los MacLeod y los Fraser. Finlay sabía que tenía que actuar rápidamente, pero la lealtad de los conspiradores aún no estaba clara.

Cuando entró en la sala de armas, el lugar estaba desierto, salvo por la figura de Catriona, quien había recibido el mismo mensaje que él. Sus ojos verdes reflejaban preocupación y determinación. Finlay no podía evitar notar la forma en que sus hombros se tensaban, como si llevaran el peso del mundo.

—Finlay, tenemos que descubrir quiénes son los responsables —dijo Catriona, con un tono firme que no dejaba lugar a dudas de su compromiso.

Finlay asintió, sintiendo el mismo fuego de justicia arder en su interior. Sabía que no solo estaba en juego la paz entre los clanes, sino también el futuro de lo que podría haber entre ellos.

—Lo haremos, Catriona. Pero tenemos que ser cuidadosos. No sabemos cuán profunda es esta traición.

El plan era simple: hacer que los conspiradores se revelaran a sí mismos. Con la ayuda del sirviente que les había advertido, organizaron una reunión falsa en un ala abandonada del castillo, donde supuestamente se discutiría el ataque final contra los MacLeod.

Catriona, disfrazada con una capa oscura, se escondió entre las sombras mientras Finlay adoptaba su rol. Mientras esperaba en la sala, no podía evitar sentirse como si estuviera caminando sobre hielo quebradizo. Sabía que cualquier movimiento en falso podría significar el fracaso no solo de la misión, sino también de la frágil esperanza que había crecido entre él y Catriona.

Los conspiradores comenzaron a llegar en silencio, uno por uno, sin sospechar que estaban siendo vigilados. Finlay observó con el corazón latiéndole en las sienes mientras los rostros conocidos aparecían en la penumbra. Algunos eran guerreros que él mismo había visto entrenar, hombres a los que había considerado leales al laird Fraser.

—Esta es nuestra oportunidad —dijo uno de los líderes, un hombre corpulento con una cicatriz en la mejilla—. Los MacLeod no verán venir el ataque, y cuando lo hagan, será demasiado tarde.

Finlay sintió que la ira se agitaba dentro de él, pero se obligó a mantener la calma. El plan aún no estaba completo.

—¿Y qué pasa si el laird se entera? —preguntó otro, con la voz temblorosa—. No estoy seguro de que podamos sobrevivir a su ira si esto sale mal.

El líder de la conspiración soltó una risa seca.

—El laird no tiene por qué enterarse. Cuando terminemos, seremos los héroes que salvaron al clan Fraser de la humillación.

Catriona, oculta detrás de una cortina, apretó los puños. Era difícil escuchar cómo aquellos hombres hablaban tan despreocupadamente de traicionar todo por lo que su familia había luchado. Sabía que tenía que hacer algo, pero no podía arriesgarse a revelar su presencia demasiado pronto.

Fue en ese momento cuando uno de los hombres se giró hacia Finlay, quien había estado manteniéndose al margen.

—¿Y tú, MacLeod? —preguntó con desdén—. ¿Por qué no dices nada? ¿No estás de acuerdo en que esta es la única forma de resolver esto?

Finlay sabía que este era el momento decisivo. Si fallaba en engañarlos ahora, todo se vendría abajo. Inspiró profundamente y dejó que una expresión sombría cruzara su rostro.

—Estoy aquí para asegurarme de que no haya errores —dijo con voz firme—. Si esto va a funcionar, necesitamos ser meticulosos. No podemos permitir que los MacLeod detecten nuestras intenciones hasta que sea demasiado tarde.

Los hombres asintieron, aparentemente convencidos, pero antes de que la situación pudiera continuar, una voz resonó desde la entrada.

—¡Alto! ¡En nombre del laird, deténganse!

Catriona se lanzó hacia adelante, su capa volando detrás de ella, y se interpuso entre los conspiradores y Finlay. En ese momento, los guardias del castillo, que habían estado esperando su señal, irrumpieron en la sala y rodearon a los traidores.

El caos se desató mientras los hombres intentaban escapar, pero no había escapatoria. Finlay y Catriona lucharon juntos, sus espadas moviéndose con precisión letal mientras reducían a los conspiradores. Finalmente, los traidores fueron capturados y desarmados.

Cuando la última espada cayó al suelo, Finlay se volvió hacia Catriona, su respiración pesada por el esfuerzo.

—Lo hicimos —dijo, sus ojos encontrando los de ella—. Pero esto no ha terminado.

Catriona asintió, consciente de que, aunque habían dismantelado la conspiración, el daño estaba hecho. Sabían que la noticia de la traición se propagaría rápidamente, avivando las llamas de la desconfianza entre los clanes.

—Tenemos que hablar con mi padre —dijo Catriona, su voz cargada de resolución—. Él debe saber la verdad.

Mientras los guardias se llevaban a los traidores, Finlay y Catriona se dirigieron al despacho del laird Fraser. El aire estaba cargado de una tensión que parecía resonar con cada paso que daban.

Al entrar en la sala, encontraron al laird Fraser de pie junto a la ventana, su figura imponente recortada contra la luz tenue del amanecer. Al escuchar la puerta cerrarse, se giró hacia ellos, sus ojos oscuros y calculadores.

—¿Qué es lo que habéis descubierto? —preguntó, su voz grave.

Catriona se adelantó, su corazón latiendo con fuerza en su pecho.

—Padre, hemos descubierto una conspiración dentro de nuestro propio clan para sabotear las negociaciones de paz. Los responsables han sido capturados, pero el peligro persiste.

El laird Fraser frunció el ceño, sus ojos brillando con una mezcla de ira y sorpresa.

—¿Cómo es posible que esto haya ocurrido bajo mi propio techo?

Finlay intervino entonces, su tono medido pero firme.

—Señor, parece que algunos de sus hombres no están de acuerdo con su deseo de paz. Están dispuestos a traicionar todo lo que ha construido para desatar un conflicto que podría destruirnos a todos.

El laird apretó los puños, y por un momento, pareció que la furia lo consumiría. Pero entonces, miró a su hija, y algo en su expresión cambió.

—Catriona, ¿qué propones que hagamos?

La joven tomó aire, consciente de la importancia de sus palabras.

—Debemos demostrar que la paz es más fuerte que cualquier conspiración. Debemos continuar con las negociaciones y asegurarnos de que estos traidores reciban su castigo. Solo así podremos evitar que nuestros clanes caigan en una guerra sin sentido.

El laird Fraser asintió lentamente, su mirada pasando de su hija a Finlay.

—Tiene razón, MacLeod. No dejaré que unos pocos hombres destruyan lo que hemos estado trabajando para lograr.

La decisión estaba tomada, pero tanto Finlay como Catriona sabían que no sería fácil. Los ánimos estaban caldeados, y cualquier paso en falso podría desencadenar un conflicto devastador.

Mientras salían del despacho, Finlay se volvió hacia Catriona.

—Lo que has hecho hoy ha salvado más vidas de las que puedes imaginar.

Catriona sonrió, aunque la preocupación todavía nublaba sus ojos.

—Y lo que tú has hecho, Finlay, me ha mostrado que aún hay esperanza para nosotros. Pero la batalla más difícil aún está por delante.

Los dos caminaron juntos por los pasillos del castillo, conscientes de que la paz que deseaban todavía estaba fuera de su alcance, pero más decididos que nunca a luchar por ella, y por el amor que había empezado a florecer entre ellos en medio de la tormenta.

Sabían que el destino de sus clanes y de su futuro estaba en juego, pero también sabían que juntos podrían enfrentarlo, sin importar cuán oscura se volviera la noche antes del amanecer.

Capítulo 17: La Despedida

El cielo se teñía de tonos naranjas y rosados mientras el sol se desvanecía tras las colinas que rodeaban el castillo Fraser. El aire fresco del atardecer traía consigo una sensación de melancolía, como si la misma naturaleza presintiera la inminente separación. Finlay, de pie en el centro del patio, observaba el bullicio a su alrededor con una expresión seria. Los hombres de su escolta se preparaban para partir, ajustando las monturas y revisando el equipo. Sin embargo, su mente estaba lejos de los preparativos. El peso de lo que estaba por suceder le oprimía el pecho como una piedra imposible de mover.

Catriona, por su parte, permanecía en la sombra de una de las torres, observando a Finlay en silencio. Había pasado el día buscando una manera de evitar lo inevitable, pero todas sus súplicas a su padre habían caído en oídos sordos. La decisión estaba tomada: la paz había fracasado y la guerra era el único camino que los Fraser y los MacLeod podían ver. La realidad de la situación era dolorosamente clara, pero eso no mitigaba el dolor en su corazón.

Finalmente, incapaz de seguir soportando la distancia, Catriona se acercó a Finlay. Cada paso hacia él se sentía como un avance hacia el abismo. Cuando él levantó la mirada y sus ojos se encontraron, el mundo a su alrededor pareció detenerse.

—Finlay —su voz era un susurro lleno de emociones contenidas.

Él la observó con la misma intensidad, capturando cada detalle de su rostro, como si quisiera grabarlo en su memoria para siempre.

—Catriona —respondió, acercándose a ella. Quería tocarla, sostenerla en sus brazos, pero la presencia de sus hombres y la realidad de su situación lo detuvieron—. No debería estar aquí... —añadió, aunque sus palabras carecían de convicción.

—No podía dejar que te fueras sin más —dijo ella, su voz apenas un susurro mientras luchaba contra las lágrimas—. Esto... esto no puede ser el final.

Finlay apartó la mirada, tratando de contener sus propios sentimientos. Era un guerrero, entrenado para soportar el dolor físico, pero el dolor en su corazón era un tipo de sufrimiento que no sabía cómo manejar.

—Debo regresar a mi clan —dijo, aunque la frase sonaba hueca incluso para él—. No puedo desobedecer a mi laird, aunque todo dentro de mí me grite que me quede aquí contigo.

Catriona se acercó un paso más, lo suficiente para sentir el calor de su cuerpo, aunque no lo suficiente para tocarlo.

—¿Y qué hay de nosotros? —preguntó, con la voz quebrada por la desesperación—. ¿Vamos a

permitir que esta guerra nos arrebate lo poco que hemos encontrado el uno en el otro?

Finlay cerró los ojos, sintiendo el peso de su deber y la inevitabilidad de la situación. Sabía que si no volvía, si desobedecía a su clan, todo lo que habían intentado construir se vendría abajo. Pero también sabía que perder a Catriona sería una herida que nunca sanaría.

—No quiero perderte —susurró, su voz cargada de una tristeza que pocas veces había dejado salir a la superficie—. Pero tampoco puedo perder a mi familia, mi honor...

Catriona levantó una mano temblorosa y, con una valentía que no sabía que tenía, la colocó sobre el pecho de Finlay, justo sobre su corazón.

—Finlay, lo que siento por ti es real —dijo, con una firmeza que la sorprendió—. Pero no puedo ser la razón por la que te alejes de tu clan. Debes hacer lo que creas correcto, aunque eso signifique que... que no podamos estar juntos.

El silencio que siguió fue devastador. Finlay tomó su mano, presionándola contra su pecho, permitiéndose sentir por un momento la conexión que compartían, sabiendo que pronto todo eso sería solo un recuerdo.

—Esto no es un adiós —dijo finalmente, con una resolución que no sentía del todo—. Encontraré una manera de terminar con esta guerra. Por ti, por nosotros.

Catriona lo miró con los ojos llenos de lágrimas, sabiendo que las palabras eran hermosas pero que la realidad a menudo era mucho más cruel.

—Te esperaré —susurró—. No importa cuánto tiempo tome.

Se miraron una última vez antes de que Finlay soltara su mano. Era un gesto pequeño, pero el dolor que le causó fue como si le hubieran arrancado una parte de su alma. Lentamente, dio un paso hacia atrás, sabiendo que si se quedaba un segundo más, no podría irse.

Catriona permaneció inmóvil, viendo cómo se alejaba hacia su caballo. Cada paso que él daba se sentía como un puñal en su corazón, pero sabía que debía ser fuerte, por él, por lo que compartían.

Cuando Finlay montó su caballo y comenzó a moverse, levantó la cabeza y miró hacia atrás una última vez. Los ojos de Catriona seguían fijos en él, y en ese momento, ambos comprendieron que estaban viviendo una despedida que podría no tener retorno.

El sol se escondió finalmente tras las colinas, y con él, la figura de Finlay desapareció en la distancia. Catriona quedó sola en el patio, sintiendo cómo su corazón se rompía con cada latido, consciente de que la guerra que se avecinaba podría destruir no solo a sus clanes, sino también lo único que le daba esperanza.

Las primeras estrellas comenzaron a aparecer en el cielo, pero Catriona no pudo ver su brillo a través de las lágrimas que finalmente le llenaron los ojos. Por un instante, la esperanza se sintió

como algo tan frágil que podría desaparecer con el viento, pero en algún lugar profundo dentro de ella, una pequeña chispa de fe se mantuvo encendida.

“Te esperaré”, se prometió a sí misma, repitiendo las palabras que le había dicho a Finlay. Pero sabía que esa espera sería un desafío que pondría a prueba no solo su amor, sino también su propia fortaleza.

Capítulo 18: El Rumor de Guerra

El cielo estaba cubierto de nubes grises, como un presagio de lo que estaba por venir. Finlay MacLeod, cabalgando con su usual destreza, sentía el peso de la tensión acumulada en cada músculo de su cuerpo. Su regreso al castillo MacLeod, que solía ser un lugar de refugio y seguridad, ahora solo intensificaba la angustia que lo embargaba. Las imponentes torres de piedra se alzaban como centinelas sobre la vasta extensión de tierras que el clan había defendido por generaciones, pero en lugar de reconfortarlo, ese escenario solo le recordaba la batalla inminente.

Al cruzar los muros del castillo, los guardias lo saludaron con respeto, pero también con miradas cargadas de preocupación. Todos sabían que la paz que habían conocido estaba al borde de desmoronarse. Finlay desmontó de su caballo con movimientos precisos, pero su mente estaba lejos de allí, atrapada en el recuerdo de Catriona Fraser. Sus ojos, llenos de determinación y amor, lo perseguían en cada momento desde su despedida.

—Mi lord, su familia lo espera en la sala del consejo —anunció uno de los guardias, inclinando la cabeza.

Finlay asintió brevemente, su rostro endurecido por la resolución. No había tiempo para descansar ni para dejarse llevar por la melancolía. Debía enfrentarse a la realidad que lo esperaba dentro de esas paredes.

La sala del consejo estaba llena cuando Finlay entró, y el murmullo de las voces cesó al instante. Alasdair, su hermano mayor y laird del clan, estaba sentado en la cabecera de la mesa, con una expresión grave que parecía haber envejecido en los días desde que Finlay partió a las tierras Fraser. Ronan, su otro hermano, estaba de pie cerca de la chimenea, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa.

—Finlay, es bueno verte de vuelta —dijo Alasdair, aunque su tono no era de alivio, sino de preocupación.

—Hermano —respondió Finlay, inclinando la cabeza en un gesto de respeto.

Se sentó en la silla que le habían reservado, y el ambiente en la sala se volvió aún más denso. Las noticias que traía no eran buenas, y todos lo sabían. Durante unos momentos, reinó un silencio cargado de expectación.

—¿Qué noticias traes de los Fraser? —preguntó finalmente Alasdair, su voz resonando en la sala como el eco de un trueno lejano.

Finlay tomó aire, buscando las palabras que aliviarían a su familia y a la vez reflejarían la gravedad de la situación.

—Las negociaciones se han roto —comenzó, sintiendo el peso de cada palabra—. El laird Fraser culpa a nuestro clan por el ataque en sus tierras, y ahora se prepara para la guerra.

El rostro de Alasdair se oscureció aún más, y Ronan dejó escapar un suspiro exasperado, su frustración evidente.

—Sabíamos que esto podía pasar —dijo Ronan con voz áspera—. Los Fraser nunca han sido de fiar.

—No podemos permitir que la guerra estalle, Ronan —replicó Finlay, su tono firme—. He visto cómo viven, he hablado con su gente. No son diferentes a nosotros, solo han sido atrapados en esta rivalidad ancestral. La guerra solo traerá más sufrimiento.

Alasdair observó a su hermano menor, su mirada penetrante y llena de escrutinio.

—¿Y qué sugieres que hagamos, Finlay? —preguntó Alasdair—. ¿Deberíamos simplemente ceder a sus demandas y esperar que no nos traicionen de nuevo?

—Sugiero que busquemos una solución pacífica —respondió Finlay, sintiendo la urgencia en su voz—. Catriona Fraser es nuestra aliada en esto. Ella está dispuesta a hacer lo que sea necesario para evitar la guerra, incluso si eso significa enfrentarse a su propio clan.

El nombre de Catriona provocó una reacción visible en la sala. Alasdair frunció el ceño, y Ronan dejó escapar una risa sin humor.

—¿La hija del laird Fraser? —preguntó Ronan, incrédulo—. ¿Y confías en ella?

Finlay sostuvo la mirada de su hermano con determinación.

—Confío en ella porque la he visto luchar por lo que cree, igual que nosotros. Confío en ella porque, al igual que nosotros, desea la paz y no más derramamiento de sangre.

Alasdair se recostó en su silla, pensando en las palabras de Finlay. La sala permaneció en silencio mientras los otros miembros del consejo intercambiaban miradas de incertidumbre. La propuesta de Finlay era arriesgada, y todos sabían que si fallaba, las consecuencias serían catastróficas.

—Entiendo tu preocupación, Finlay —dijo finalmente Alasdair—. Pero también debes entender que nuestra prioridad es la seguridad de nuestro clan. Si los Fraser atacan, debemos estar preparados para defendernos.

Finlay asintió, consciente de la realidad que enfrentaban. No podía pedirle a su hermano que arriesgara todo por una posibilidad incierta, pero tampoco podía ignorar lo que sentía en su corazón.

—Entonces, debemos encontrar una manera de evitar el conflicto —insistió Finlay—. He visto la

devastación que la guerra trae consigo, y no quiero que nuestra gente sufra más.

Alasdair suspiró, sus ojos reflejando la carga de la responsabilidad que llevaba sobre sus hombros.

—Muy bien —dijo con un tono de voz que mostraba su cansancio—. Intentaremos mantener la paz el mayor tiempo posible. Pero si la guerra llega a nuestras puertas, no dudaremos en defendernos.

Finlay asintió en señal de acuerdo, aunque el nudo en su estómago no desapareció. Sabía que la tregua que su hermano estaba dispuesto a aceptar era frágil, y cualquier chispa podría encender el conflicto. Pero no tenía otra opción que aferrarse a la esperanza de que todavía quedaba una oportunidad para la paz.

Después de la reunión, Finlay se retiró a su habitación, pero el peso de las decisiones que había tomado lo mantenía despierto. Sus pensamientos volaban a Catriona, preguntándose si ella estaba segura, si estaría enfrentando a su padre por lo que creían.

La noche se alargaba, y Finlay se sentó junto a la ventana, observando el cielo estrellado. A pesar de la oscuridad que los rodeaba, había una luz tenue que lo mantenía firme, una esperanza que se negaba a extinguirse. Sabía que su camino no sería fácil, pero estaba dispuesto a luchar por la paz, por su familia, y por el amor que había encontrado en medio de la adversidad.

El amanecer llegó, y con él, la promesa de un nuevo día. Finlay sabía que las próximas horas serían cruciales, y que cada decisión que tomara podría cambiar el destino de su clan y el de los Fraser. Pero estaba preparado, listo para enfrentar lo que fuera necesario con el corazón de un guerrero y la determinación de un hombre que había encontrado algo más valioso que cualquier batalla: la posibilidad de un futuro en paz.

Capítulo 19: El Último Intento de Paz

El viento helado soplaba con fuerza en la frontera neutral entre las tierras de los MacLeod y los Fraser, arrastrando consigo un presentimiento de conflicto inminente. Finlay MacLeod observaba el horizonte, sus pensamientos divididos entre el deber hacia su clan y el amor creciente que sentía por Catriona Fraser. Habían acordado encontrarse en ese lugar desolado, lejos de las miradas indiscretas y de las intrigas que amenazaban con desatar una guerra devastadora.

Cuando la figura de Catriona apareció a lo lejos, envuelta en un manto oscuro que ondeaba con el viento, el corazón de Finlay se aceleró. A pesar de la tensión que los rodeaba, no pudo evitar sentir un rayo de esperanza al verla. Cada paso que ella daba hacia él parecía cargado de una determinación feroz, una que él mismo compartía.

—Catriona —dijo Finlay, su voz apenas audible por el rugido del viento cuando ella estuvo lo suficientemente cerca—. Gracias por venir.

Catriona alzó la mirada hacia él, sus ojos reflejaban la misma mezcla de emociones que lo atormentaban a él: miedo, esperanza y una creciente desesperación. Asintió en silencio, y por un momento, ambos permanecieron en una tensa calma, sin saber por dónde comenzar.

—No podemos permitir que esto ocurra, Finlay —dijo ella finalmente, rompiendo el silencio con un susurro cargado de determinación—. Si estalla la guerra, será el fin para muchos inocentes.

Finlay sostuvo su mirada, sintiendo el peso de sus palabras. Sabía que ella tenía razón, pero la situación era mucho más complicada de lo que cualquiera de los dos hubiera imaginado. Sus familias, sus clanes, llevaban generaciones atrapados en un ciclo de venganza y rencor. Y ahora, cualquier paso en falso podría significar la destrucción total.

—Lo sé, Catriona —respondió con gravedad—. Pero ambos sabemos que nuestras palabras no serán suficientes para cambiar los corazones de aquellos que solo ven la venganza como una solución. Sin embargo, no podemos rendirnos. Debemos intentarlo, una vez más.

Catriona asintió, con los labios apretados en una línea delgada. La resolución brillaba en sus ojos, pero también la tristeza por la distancia que sabía que debía existir entre ellos si fallaban. Su relación, ya tensa por la lealtad a sus respectivos clanes, ahora se veía amenazada por la posibilidad de una guerra que podría separarlos para siempre.

—Mi padre no escucha razones —confesó Catriona, su voz temblando ligeramente—. Está cegado por su odio hacia los MacLeod. Y aunque yo sea su hija, temo que no cambiará de opinión, ni siquiera por mí.

Finlay la miró, sintiendo una punzada de impotencia. Sabía que su propia familia también tenía sus reservas, y que cualquier debilidad en su postura sería vista como traición. Pero la idea de

perder a Catriona, de perder lo que apenas había comenzado a descubrir con ella, lo impulsaba a seguir adelante.

—No podemos permitir que esta guerra nos arrebate lo que tenemos —dijo con firmeza—. Si es necesario, hablaremos con ambos clanes juntos, les mostraremos que hay otro camino. Uno que no implique más derramamiento de sangre.

Catriona lo miró con una mezcla de admiración y tristeza. Sabía que lo que Finlay proponía era extremadamente peligroso, pero también entendía que no tenían otra opción. Juntos, tal vez podrían encontrar una forma de detener la masacre antes de que comenzara.

—¿Y si no nos escuchan? —preguntó, su voz apenas un susurro.

Finlay tomó una profunda bocanada de aire, sabiendo que no podía ofrecerle garantías. Pero lo que sí podía ofrecer era su compromiso inquebrantable, tanto hacia la paz como hacia ella.

—Entonces, lucharemos, pero no por nuestros clanes —respondió, acercándose un poco más a ella—. Lucharemos por nosotros, por el futuro que podríamos tener, lejos de esta violencia sin sentido.

Catriona sintió que el corazón se le encogía ante esas palabras. Sabía que él hablaba con sinceridad, que estaba dispuesto a sacrificarse si era necesario. Y en ese momento, comprendió que, aunque el camino hacia la paz fuera incierto, lo recorrería a su lado, sin importar lo que el destino les deparara.

—Estoy contigo, Finlay —dijo con una determinación renovada—. No importa lo que ocurra, no te abandonaré.

Finlay la miró, y en sus ojos vio la misma lucha que él mismo llevaba dentro. Sabía que no sería fácil, que la posibilidad de fracasar era real, pero por primera vez desde que todo había comenzado, sintió que había una esperanza genuina. Juntos, podrían hacer la diferencia.

—Mañana —dijo finalmente, tomando su mano con suavidad—. Mañana hablaremos con nuestros clanes. Les mostraremos que hay algo más importante que esta guerra.

Catriona asintió, sintiendo el calor de su mano en la suya, un consuelo en medio del frío que los rodeaba. Por un instante, el tiempo pareció detenerse, y ambos se permitieron un breve respiro, sabiendo que lo que estaba por venir sería decisivo.

—Nos veremos al amanecer —dijo ella, sabiendo que esa despedida podía ser la última.

—Al amanecer —repitió Finlay, su voz cargada de promesas y de una determinación férrea.

Mientras la oscuridad de la noche comenzaba a envolverlos, Finlay y Catriona se separaron, conscientes de que el destino de sus clanes y su propio futuro dependían de las decisiones que tomarían en las próximas horas. El viento seguía soplando con fuerza, llevando consigo sus esperanzas y temores hacia lo desconocido.

Ambos sabían que, aunque las posibilidades fueran escasas, no tenían otra opción que luchar por la paz y por su amor, sabiendo que, si fallaban, las consecuencias serían catastróficas. Pero en ese momento, mientras se alejaban el uno del otro, sintieron que la fuerza de su conexión era más poderosa que cualquier rencor ancestral, y que, tal vez, eso sería suficiente para cambiar el curso de la historia.

****Capítulo 20: La Batalla Inminente****

El sol apenas había despuntado en el horizonte cuando los clanes MacLeod y Fraser comenzaron a reunirse en el campo de batalla. La bruma matinal se aferraba a la tierra como un velo sombrío, ocultando parcialmente las figuras que, poco a poco, se agolpaban en las llanuras. Era un día frío, y el viento, cargado de humedad, susurraba entre las espadas y lanzas, como si anticipara la sangre que pronto podría teñir la tierra.

Finlay MacLeod cabalgaba al frente de su clan, con el rostro sombrío y la mirada fija en el horizonte. La decisión de no luchar le pesaba en el pecho, pero más aún lo hacía la certeza de que su familia y su clan no entenderían su resistencia. Mientras avanzaba, el murmullo de los guerreros a su alrededor era casi ensordecedor. Los hombres que él lideraba esperaban con ansias el combate, pero Finlay solo sentía una profunda desazón.

A la distancia, entre la niebla que se disipaba lentamente, Finlay vislumbró el estandarte de los Fraser ondeando al viento. El estómago se le encogió al pensar en Catriona. Sabía que ella estaría allí, en algún lugar entre las filas de su clan, con la misma desesperación en su corazón. Durante días, ambos habían luchado contra la inevitabilidad de esta batalla, tratando de convencer a sus familias de que la paz era la única salida. Pero ahora, enfrentados cara a cara, sabían que sus esfuerzos no habían sido suficientes.

A medida que las filas de los guerreros Fraser se volvían más visibles, Finlay vio a su hermano mayor, Alasdair, cabalgando a su lado, su expresión era de dura determinación. No había ninguna duda en la mente de Alasdair, ni en la de la mayoría de los MacLeod. Ellos estaban aquí para luchar, para defender su honor y proteger su territorio, sin importar el costo.

—Finlay, mantente firme —gruñó Alasdair, apretando los dientes—. Hoy no es el día para las dudas.

Finlay asintió, aunque en su interior se sentía desgarrado. Sabía que si hoy luchaban, no habría vuelta atrás. La sangre derramada entre sus clanes solo aseguraría un futuro lleno de rencor y venganza.

Mientras los dos clanes se alineaban frente a frente, un silencio pesado cayó sobre el campo. No había necesidad de palabras, pues la tensión en el aire era palpable. Los guerreros se miraban entre sí, midiendo a sus enemigos con la fría determinación de quienes sabían que pronto cruzarían espadas.

Del otro lado del campo, Catriona Fraser estaba de pie junto a su padre, el laird Fraser, con una expresión decidida. Pero sus ojos buscaban desesperadamente entre la multitud al hombre que había llegado a significar tanto para ella. Cuando por fin lo vio, su corazón se encogió. Finlay estaba allí, tan recto y orgulloso como siempre, pero había algo en su porte que le decía que él tampoco quería esta batalla. Sus miradas se encontraron a través de la distancia, y por un breve momento, todo lo demás desapareció. No había clanes, ni espadas, ni odio, solo ellos dos, aferrándose a la última chispa de esperanza que les quedaba.

El laird Fraser, notando la distracción de su hija, le puso una mano en el hombro y la sacudió con firmeza.

—Catriona, mantente fuerte. No podemos permitirnos flaquear ahora —le ordenó con la voz autoritaria que le era habitual.

—Padre... —comenzó Catriona, pero se detuvo al ver la expresión implacable en su rostro. Sabía que cualquier intento de disuadirlo en este momento sería inútil.

Mientras ambos clanes se miraban fijamente, esperando la orden de avanzar, Finlay sintió que el tiempo se detenía. La realidad de lo que estaba a punto de suceder lo golpeó con fuerza, y supo que debía hacer algo, cualquier cosa, para evitar el derramamiento de sangre.

Desmontando de su caballo, alzó una mano, llamando la atención de ambos lados. Los murmullos cesaron de inmediato, y todas las miradas se volvieron hacia él. Respirando profundamente, Finlay dio un paso al frente.

—¡Guerreros de los clanes MacLeod y Fraser! —gritó, su voz resonando en la vasta llanura—. ¡Escuchadme!

Catriona, al ver a Finlay tomar la iniciativa, sintió un rayo de esperanza. Con el corazón latiendo con fuerza, ella también avanzó, posicionándose al lado de su padre, enfrentando a su clan.

—¡Escuchadme todos! —repitió Finlay, alzando la voz aún más, decidido a llegar a cada alma en el campo—. ¡Este conflicto no debe continuar! ¡Ya ha habido suficiente dolor, suficiente pérdida!

Los guerreros de ambos lados se miraron entre sí, sorprendidos por la interrupción. Alasdair frunció el ceño, dando un paso hacia adelante.

—¿Qué estás haciendo, Finlay? —susurró Alasdair, su voz gélida—. No es momento para discursos.

—¡Es el momento perfecto! —gritó Catriona, avanzando hacia el frente de su propio clan, sus palabras resonando con la misma pasión que las de Finlay—. ¡No queremos más guerra, no más destrucción! ¡Todos hemos perdido demasiado! ¡Debemos encontrar otra forma, por el bien de nuestras familias, de nuestros hijos!

Las palabras de Catriona cayeron como un bálsamo sobre los corazones endurecidos de los guerreros. Algunos de los hombres bajaron sus armas, mirándose entre sí con incertidumbre.

El laird Fraser frunció el ceño, mirando a su hija con desaprobación, pero no pudo evitar sentir la verdad en sus palabras. Finlay, al ver la duda en los ojos de ambos clanes, avanzó otro paso.

—Si levantamos nuestras espadas hoy, no habrá ganador. Todos perderemos. ¿Es eso lo que queremos? ¿Es eso lo que soñamos para nuestras familias?

El laird MacLeod, que había permanecido en silencio hasta ese momento, observaba con ojos críticos. Pero la fuerza de la convicción en las palabras de Finlay y Catriona no podía ser ignorada. Con un suspiro, Alasdair miró a su hermano, reconociendo el valor de lo que estaba intentando.

—¿Y qué propones, hermano? —preguntó Alasdair, en voz baja, sabiendo que esa pregunta resonaría en los corazones de todos los presentes.

—Propongo que dejemos nuestras armas y hablemos como hombres de honor. Como líderes que desean lo mejor para su gente —respondió Finlay, con la voz firme—. Propongo que hoy no se derrame sangre, sino que demostremos que la paz es más fuerte que cualquier guerra.

Un murmullo recorrió las filas de ambos clanes. Los hombres, que minutos antes estaban listos para matarse entre sí, comenzaron a considerar la posibilidad de un final diferente. Catriona miró a Finlay con admiración, sintiendo que este hombre era más que un guerrero; era un líder dispuesto a desafiar las normas por un bien mayor.

Finalmente, el laird Fraser dio un paso al frente, alzando la mano para acallar a sus guerreros.

—Si mi hija y el hijo del laird MacLeod están dispuestos a poner fin a este conflicto con palabras en lugar de espadas, entonces estoy dispuesto a escucharlos. —Sus palabras fueron firmes, aunque la duda aún se reflejaba en sus ojos—. Pero si esta paz fracasa, si nos engañan, no dudaré en levantar mi espada.

El laird MacLeod asintió, cruzando los brazos sobre el pecho. —Nosotros tampoco queremos más sangre. Si las palabras de mi hermano pueden evitar esta guerra, entonces permitámosle hablar.

Un suspiro colectivo recorrió el campo mientras los líderes de ambos clanes comenzaban a desarmarse, en señal de buena fe. Finlay y Catriona se miraron a los ojos, sabiendo que lo que sucediera en las próximas horas determinaría no solo su futuro, sino el de todos aquellos que dependían de ellos.

Con la primera chispa de esperanza encendida en sus corazones, los dos clanes comenzaron a alejarse del campo de batalla, dirigiéndose hacia la frontera neutral. El día que había comenzado con el rugido de la guerra, ahora estaba lleno de promesas inciertas, pero por primera vez, Finlay sintió que la paz era posible.

Capítulo 21: Un Acto de Valentía

El amanecer se derramaba lentamente sobre los campos entre los territorios de los MacLeod y los Fraser, tiñendo de oro las brumas que se cernían sobre el terreno. El aire estaba cargado de tensión, con un silencio inquietante que solo era roto por el crujir de las armaduras y el murmullo apagado de los guerreros que se preparaban para la batalla. Las banderas ondeaban pesadamente en lo alto de las lanzas, y el estandarte del clan Fraser brillaba al sol, enfrentado al de los MacLeod en un despliegue de poder y desafío.

Finlay MacLeod avanzó lentamente por el campo, su mirada fija en el horizonte. Sabía que en pocos minutos el caos estallaría, y el campo de hierba verde se teñiría de rojo. Cada paso que daba lo acercaba a su destino, a una batalla que no quería librar, pero que el honor de su clan demandaba. La tensión en su mandíbula era palpable, y sus pensamientos no dejaban de revolotear en torno a un solo nombre: Catriona.

Al otro lado del campo, Catriona Fraser montaba su caballo con determinación, pero también con un miedo creciente en el pecho. Sus ojos escudriñaban el horizonte, buscando a Finlay entre los guerreros que se alineaban para el combate. La desesperación la asaltó cuando lo divisó, solo y resuelto, avanzando hacia el centro del campo. Sabía lo que debía hacer, pero el riesgo era inmenso.

El sonido de una trompeta resonó por el campo, señal de que la batalla estaba por comenzar. Los líderes de ambos clanes comenzaron a moverse hacia adelante, flanqueados por sus hombres, listos para derramar sangre en nombre de la gloria y la venganza. Pero antes de que pudieran dar el primer paso en esa danza mortal, dos figuras emergieron de las filas opuestas, avanzando hacia el centro con un propósito claro.

Finlay y Catriona, como dos imanes, se dirigieron el uno hacia el otro, ignorando las miradas atónitas y los murmullos de sus compañeros de clan. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para ver el temor y la determinación en los ojos del otro, se detuvieron, a solo unos metros de distancia.

—Finlay —susurró Catriona, su voz temblando ligeramente, pero con una firmeza que no admitía dudas—. No podemos permitir que esto suceda.

—Lo sé —respondió Finlay, con la misma gravedad—. Pero necesitamos hacer algo más que solo hablar. Debemos mostrarles que hay otra forma.

El corazón de Catriona latía con fuerza mientras asentía, comprendiendo lo que él sugería. Finlay era un hombre de acción, un guerrero acostumbrado a liderar con el ejemplo. Si querían evitar la batalla, debían ser ellos quienes tomaran el primer paso, incluso si eso significaba enfrentarse a sus propios clanes.

—Juntos, entonces —dijo ella, extendiendo su mano hacia él.

Finlay la tomó, su agarre fuerte y cálido, una promesa silenciosa de que no la dejaría sola en lo que estaba por venir. Con un último vistazo a las filas de sus clanes, ambos giraron para enfrentarse a sus líderes. El laird MacLeod y el laird Fraser se detuvieron en seco, confundidos, mientras sus guerreros murmuraban inquietos, sin entender lo que estaba ocurriendo.

—¡Deteneos! —gritó Finlay, su voz resonando con la autoridad de alguien que estaba dispuesto a desobedecer cualquier orden si significaba proteger lo que amaba—. No podemos permitir que esta batalla suceda. No hoy, no entre nosotros.

Los ojos de su hermano mayor, el laird de los MacLeod, se estrecharon en una mezcla de sorpresa e ira. Pero antes de que pudiera responder, Catriona levantó la voz, dirigiéndose a su propio padre.

—Padre, esto no es necesario. Ya hemos perdido demasiado en estas luchas sin sentido. No derramemos más sangre de nuestros propios hermanos y hermanas. —La emoción en su voz era palpable, y los guerreros Fraser que la escucharon comenzaron a murmurar entre sí, dudando.

El laird Fraser observó a su hija con una mezcla de incredulidad y furia contenida. No estaba acostumbrado a que lo desafiaran, menos aún su propia sangre, pero algo en la determinación de Catriona lo hizo detenerse. A pesar de todo, sabía que ella tenía razón, aunque admitirlo era otra cuestión.

—¿Qué proponéis, entonces? —gruñó, su voz resonando en el silencio que se había apoderado del campo.

Catriona y Finlay se miraron, sabiendo que aquel era el momento decisivo.

—Una tregua —dijo Finlay, su voz firme y clara—. Nos sentaremos a negociar en términos justos, con la promesa de buscar una solución que evite el derramamiento de sangre. Pero no podremos hacerlo si comenzamos esta batalla.

El laird MacLeod apretó los dientes, claramente frustrado por la situación, pero también entendiendo que su hermano menor estaba dispuesto a morir por aquella causa. Y lo mismo aplicaba para Catriona. La resolución en sus ojos no dejaba espacio para la duda.

—¿Y si no aceptamos? —desafió el laird Fraser, mirándolos fijamente.

Catriona se enderezó en su silla, su mirada tan firme como la de su padre.

—Entonces, moriréis sabiendo que matasteis a quienes más os aman —respondió con una frialdad que solo podía provenir de la verdad absoluta.

El silencio volvió a caer sobre el campo, pesado como una losa. Los guerreros de ambos bandos estaban ahora inmóviles, observando a los dos jóvenes que se interponían entre ellos y la batalla. El aire estaba cargado de expectación, como si el destino mismo estuviera conteniendo el aliento.

Fue el laird MacLeod quien rompió el silencio, con un suspiro de resignación.

—Siempre fuiste demasiado obstinado para tu propio bien, Finlay —murmuró, antes de levantar la mano y dar la orden que nadie esperaba—. Tregua.

El laird Fraser vaciló un momento, su mirada recorriendo a su hija y luego a su enemigo de toda la vida. Finalmente, asintió, bajando su espada en señal de rendición.

—Tregua —confirmó, con una voz pesada por la edad y las cicatrices de muchas batallas.

Un suspiro colectivo recorrió las filas de ambos ejércitos. Las espadas volvieron a sus vainas, y los escudos fueron bajados. La tensión se desvaneció como la niebla bajo el sol, dejando a los guerreros sorprendidos, aliviados y un poco desorientados.

Finlay soltó la mano de Catriona, solo para tomarla por los hombros y mirarla a los ojos con una intensidad que la hizo estremecerse.

—Lo logramos —susurró, con una mezcla de alivio y gratitud.

Catriona le sonrió, una sonrisa pequeña, pero cargada de emoción.

—Juntos —repitió ella, recordándole las palabras que habían sellado su promesa.

La tregua había sido declarada, y con ella venía la promesa de un futuro incierto, pero uno en el que todavía había esperanza. Mientras el sol continuaba ascendiendo, bañando el campo en una luz dorada, Finlay y Catriona se dieron cuenta de que, aunque el camino por delante sería difícil, al menos lo recorrerían juntos.

En ese momento, entre los murmullos de los guerreros que comenzaban a dispersarse, Finlay inclinó la cabeza hacia Catriona y, sin importarle las miradas de los demás, la besó. Fue un beso cargado de promesas, de gratitud y de amor, un amor que había sido forjado en el crisol de la guerra, pero que ahora tenía la oportunidad de florecer en tiempos de paz.

Cuando se separaron, los ojos de Catriona brillaban con lágrimas que se negó a dejar caer. Sabía que había ganado mucho más que una tregua en ese día. Había ganado la esperanza de un futuro mejor, uno en el que, por fin, podrían encontrar la felicidad juntos.

Los clanes comenzaron a retirarse, y aunque la batalla había sido evitada, la verdadera lucha apenas comenzaba. Pero Finlay y Catriona estaban listos para enfrentarlo, sabiendo que su amor era la mejor arma que tenían para conquistar las sombras que aún se cernían sobre sus vidas.

Capítulo 22: La Negociación Final

El aire estaba impregnado de una tensión palpable mientras los dos clanes, Fraser y MacLeod, se mantenían en silencio a las afueras de la tienda de campaña en el campo de batalla. El rocío de la mañana comenzaba a disiparse bajo la luz del sol naciente, pero el ambiente aún era sombrío, como si la naturaleza misma contuviera el aliento en espera del desenlace.

Dentro de la tienda, una simple mesa de madera separaba a los líderes de los clanes. El laird MacLeod, con su presencia imponente, mantenía sus ojos grises fijos en el laird Fraser, cuyo rostro mostraba las huellas de los años de conflicto. Entre ellos, Finlay MacLeod y Catriona Fraser, ambos con los nervios en punta, sabían que el futuro de sus clanes dependía de lo que sucediera en las próximas horas.

—Debemos encontrar una solución —dijo Finlay, rompiendo el silencio con una voz firme pero calmada—. Este conflicto ha costado demasiadas vidas y ha sembrado demasiada desconfianza. No podemos permitir que siga adelante.

El laird MacLeod inclinó la cabeza, sus ojos se suavizaron un poco al mirar a su hermano menor. Siempre había sido un guerrero, pero las palabras de Finlay resonaban con verdad. Sabía que su hermano había sacrificado mucho para llegar a este punto, y lo respetaba por ello.

—Hablas como un hombre que ha visto demasiado sufrimiento —dijo el laird Fraser, su voz más áspera—. Pero nuestros clanes han luchado durante generaciones. ¿Qué nos garantiza que un acuerdo ahora evitará futuros derramamientos de sangre?

Catriona, de pie junto a su padre, dio un paso adelante. Sus ojos destellaban con la misma determinación que había mostrado en el campo de batalla.

—Padre, tú sabes tan bien como yo que este ciclo de violencia no tiene fin si no lo detenemos nosotros. No somos enemigos por naturaleza, sino por las circunstancias y las decisiones del pasado. Es hora de tomar una decisión que cambie nuestro destino.

Las palabras de Catriona cayeron como piedras en el silencio. El laird Fraser observó a su hija, viendo en ella no solo la joven que había criado, sino también a una mujer que se había forjado en medio de la guerra, con la sabiduría y la fuerza necesarias para liderar.

—¿Qué sugieres? —preguntó el laird MacLeod, mirando a Catriona con curiosidad.

Catriona respiró hondo antes de hablar, sabiendo que sus próximas palabras podrían sellar el destino de todos los presentes.

—Una alianza de paz, basada en el respeto mutuo y la cooperación. Sabemos que no podemos borrar los agravios del pasado, pero podemos construir un futuro donde nuestros clanes trabajen juntos, en lugar de enfrentarse. Si sellamos este acuerdo con una unión entre nuestras familias,

simbolizaría un nuevo comienzo para todos nosotros.

El laird Fraser frunció el ceño, pero no interrumpió a su hija. Sabía que la idea de una alianza matrimonial podría ser el único camino hacia la paz duradera, pero también comprendía las complejidades que eso implicaría.

—¿Y quiénes serían los que sellarían esta alianza? —preguntó, aunque la respuesta era evidente para todos.

—Finlay y yo —respondió Catriona con firmeza, sin vacilar.

El laird MacLeod levantó una ceja, sorprendido pero no en desacuerdo. Sabía que su hermano menor tenía fuertes sentimientos por la joven Fraser, y podía ver en los ojos de Finlay la determinación de hacer lo necesario para proteger a ambos clanes.

Finlay asintió, su corazón latiendo con fuerza. Sabía lo que esta decisión implicaba, pero estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio por la paz y por el amor que sentía por Catriona.

—Estoy dispuesto —dijo Finlay—, si esto significa que nuestros clanes finalmente conocerán la paz.

Hubo un largo silencio en la tienda mientras ambos lairds procesaban lo que estaba en juego. Afuera, los guerreros de ambos bandos permanecían en silencio, tensos, esperando la señal de lo que vendría.

Finalmente, el laird Fraser habló, su voz grave pero llena de una resolución que no había mostrado antes.

—Acepto la propuesta, con una condición —dijo—. Que esta alianza no sea solo simbólica, sino que ambos clanes trabajen juntos en los años venideros para fortalecer nuestras tierras y proteger a nuestro pueblo de cualquier amenaza externa.

El laird MacLeod asintió, viendo en las palabras de Fraser un reflejo de sus propios pensamientos.

—Eso es algo en lo que ambos podemos estar de acuerdo. Pero debe haber más. Necesitamos un pacto escrito, sellado por todos los líderes presentes aquí, y luego presentado a nuestros clanes para que sepan que esto es algo duradero, no un arreglo temporal.

Finlay y Catriona intercambiaron una mirada, sintiendo que la tensión en la habitación comenzaba a disminuir. Ambos sabían que todavía quedaba mucho por hacer, pero este era el primer paso hacia una paz verdadera.

—Entonces, empecemos —dijo Finlay—. Redactemos el pacto y pongámoslo en acción.

Durante las horas siguientes, los lairds, junto con Finlay y Catriona, trabajaron en los términos del acuerdo. Cada palabra fue medida y discutida, asegurándose de que ninguna ambigüedad

pudiera dar lugar a futuras disputas. Afuera, la luz del día avanzaba, y los guerreros de ambos clanes se mantenían expectantes.

Finalmente, con el pacto redactado, se hicieron los preparativos para sellar el acuerdo. Los lairds Fraser y MacLeod firmaron el documento, seguidos por sus respectivos líderes de confianza. Con cada firma, la tensión en el aire parecía disiparse un poco más, como si el simple acto de poner sus nombres en papel comenzara a disipar años de rencor y desconfianza.

Cuando llegó el momento de Finlay y Catriona, ambos firmaron con manos firmes, sabiendo que lo que hacían era más que sellar un acuerdo de paz; estaban forjando un nuevo camino para sus clanes y para ellos mismos.

Con el pacto finalmente completo, los lairds se levantaron y, en un gesto que habría sido impensable días antes, se estrecharon la mano. Fue un apretón firme, pero no carente de respeto.

—Que este sea el comienzo de una nueva era —dijo el laird MacLeod—. Una era de paz y prosperidad para ambos clanes.

—Así será —respondió el laird Fraser, con una leve inclinación de cabeza.

Finlay y Catriona intercambiaron una mirada de alivio. Habían logrado lo que parecía imposible: unir a dos clanes que habían estado en guerra durante generaciones. Y aunque sabían que el camino por delante no sería fácil, también sabían que lo recorrerían juntos.

Afuera, cuando los guerreros de ambos clanes vieron a sus líderes salir de la tienda con expresiones serenas y hombros menos tensos, un suspiro de alivio colectivo recorrió las filas. La batalla había sido evitada, y una nueva esperanza comenzaba a florecer en los corazones de todos los presentes.

Pero para Finlay y Catriona, este no era solo el final de un conflicto, sino el comienzo de una nueva vida juntos, una vida que construirían sobre los cimientos de la paz que habían luchado tanto por alcanzar.

Capítulo 23: Un Nuevo Comienzo

El amanecer en el castillo MacLeod trajo consigo una bruma ligera que cubría las tierras como un manto suave y protector. El cielo se teñía de tonos rosados y dorados, mientras las primeras luces del día iluminaban los muros de piedra, que habían sido testigos de innumerables batallas, traiciones y, ahora, una paz inesperada.

Finlay MacLeod cabalgaba junto a Catriona Fraser, su corazón latiendo con fuerza al ver el castillo en la distancia. Era un sentimiento extraño, una mezcla de orgullo y alivio, saber que volvía a su hogar no solo como el guerrero que siempre había sido, sino como el hombre que había encontrado el amor en medio del caos. A su lado, Catriona mantenía la mirada fija en el horizonte, su rostro sereno pero sus ojos reflejando una mezcla de emociones que luchaban por salir a la superficie.

El viaje de regreso desde el campo de batalla había sido un momento de reflexión para ambos. El alivio de haber evitado una masacre, de haber logrado un acuerdo de paz que beneficiaría a ambos clanes, se mezclaba con la euforia de saber que, contra todo pronóstico, habían conseguido estar juntos. El peligro no había terminado, pero habían superado la prueba más difícil: convencer a sus familias y clanes de que la paz era posible.

Al cruzar las puertas del castillo, fueron recibidos por un murmullo de asombro y respeto. Los guerreros y sirvientes de los MacLeod, que habían esperado su regreso con incertidumbre, los observaban con ojos atentos, conscientes de que algo profundo había cambiado. La noticia de la paz se había extendido rápidamente, y con ella, el rumor del amor entre Finlay y Catriona, un amor que ahora simbolizaba la esperanza de un nuevo comienzo.

—Bienvenidos a casa —la voz grave de Alasdair MacLeod, el laird, resonó en el patio, cortando el silencio expectante. Su mirada se posó primero en Finlay, su hermano menor, con una mezcla de orgullo y algo que solo podía describirse como alivio.

—Hermano —respondió Finlay, inclinando la cabeza en un gesto respetuoso. Luego, sus ojos se dirigieron a Catriona, y una suave sonrisa apareció en sus labios—. Y te presento a Catriona Fraser, la mujer que me ha enseñado que la verdadera fuerza no está solo en el combate, sino en el corazón.

Alasdair asintió, dando un paso hacia ellos. Sus ojos oscuros, que solían ser impenetrables, mostraban una calidez inusual cuando se detuvieron en Catriona. Había escuchado las historias sobre la joven Fraser, cómo había desafiado a su propio clan por la paz, y cómo había arriesgado todo por estar al lado de Finlay.

—Lady Catriona —dijo Alasdair con un tono más suave—, sois bienvenida en nuestras tierras. Vuestra valentía ha salvado muchas vidas, incluida la de mi hermano.

Catriona inclinó la cabeza con modestia, aunque en sus ojos brillaba una chispa de gratitud.

—Gracias, mi señor. Solo he hecho lo que creía correcto. Pero debo decir que no habría tenido la fuerza si no fuera por Finlay. Él me mostró que incluso en la oscuridad, siempre hay luz si tienes el valor de buscarla.

El murmullo que recorrió la multitud fue uno de aprobación. Los MacLeod, aunque duros y orgullosos, reconocían el valor y la integridad cuando la veían. La aceptación de Catriona por parte de su laird era un claro signo de que ella no solo sería tolerada, sino que sería parte integral de la vida en el castillo.

Con la formalidad de la bienvenida cumplida, Finlay tomó la mano de Catriona y la guió hacia el interior del castillo, donde los ecos de sus pasos resonaban en las paredes de piedra. El peso de la historia parecía observarlos, pero esta vez, el pasado no estaba allí para condenarlos, sino para darles su bendición.

Subieron las escaleras de caracol, recorriendo pasillos que Finlay conocía desde su infancia, pero que ahora parecían nuevos, vistos a través de la luz de su futuro con Catriona. Al llegar a sus aposentos, una habitación con amplias ventanas que ofrecían una vista majestuosa de las tierras MacLeod, Finlay se giró hacia Catriona, sus ojos reflejando la ternura y la devoción que sentía por ella.

—Este es nuestro hogar ahora —murmuró, acariciando suavemente su mejilla—. Aquí es donde comenzaremos nuestra vida juntos.

Catriona observó la habitación, el sol de la mañana bañando los muebles de madera oscura y las antiguas tapicerías. Era un lugar lleno de historia, de las historias de Finlay y su familia, pero también un lugar donde ellos podían escribir la suya propia.

—Siempre supe que este día llegaría —dijo Catriona, acercándose a la ventana y mirando hacia las colinas que se extendían más allá del castillo—. Aunque hubiera sido más fácil rendirnos, sabía que no podíamos. No solo por nosotros, sino por todos aquellos que dependen de esta paz.

Finlay se acercó a ella, abrazándola por detrás mientras ambos miraban el paisaje que se desplegaba ante ellos. Sabían que el camino hacia la paz no había sido fácil y que mantenerla sería un desafío constante, pero estaban preparados para enfrentarlo juntos.

—Hemos construido algo hermoso, Catriona —susurró Finlay, apoyando su frente contra la de ella—. Y prometo que siempre lucharé por ello, por nosotros.

Catriona sonrió, con los ojos llenos de esperanza y determinación. Sabía que había encontrado no solo un compañero de vida, sino un hombre con un corazón tan fuerte como su voluntad, y con una alma que resonaba con la suya.

El día continuó con una celebración en el gran salón, donde los miembros del clan MacLeod se reunieron para honrar a Finlay y Catriona. La comida y la bebida fluían, y las risas llenaban el

aire, pero lo que más destacaba era la sensación de unidad y renovación que envolvía a todos. Era como si el acuerdo de paz entre los clanes Fraser y MacLeod hubiera infundido nueva vida en la antigua fortaleza.

Durante el banquete, Catriona se encontró rodeada por las mujeres del clan, quienes la recibieron con calidez. Le contaron historias sobre la familia MacLeod, anécdotas que la hicieron reír y la hicieron sentir que realmente pertenecía a este lugar. Aunque sabía que algunos todavía la veían con recelo, la mayoría la aceptaba como la mujer que había traído la paz y que había ganado el corazón del querido Finlay.

Mientras tanto, Finlay compartía historias de sus aventuras pasadas con los guerreros del clan, quienes lo escuchaban con admiración. Pero su mirada siempre volvía a Catriona, y cada vez que lo hacía, su corazón se llenaba de una calidez que nunca antes había experimentado.

A medida que la noche avanzaba y las estrellas comenzaron a brillar en el cielo, Finlay y Catriona se retiraron del bullicio del salón para caminar por los jardines del castillo. El aire fresco y la tranquilidad del lugar ofrecían un contraste perfecto con la animada celebración.

—Hoy hemos comenzado algo nuevo —dijo Finlay, tomando la mano de Catriona mientras caminaban entre los árboles—. Y aunque sé que el futuro puede ser incierto, estoy seguro de una cosa: no quiero enfrentarlo con nadie más que contigo.

Catriona se detuvo y lo miró a los ojos, su corazón hinchado de emoción.

—Y yo contigo, Finlay. Porque juntos, hemos demostrado que incluso las heridas más profundas pueden sanar, y que el amor puede florecer en los lugares más inesperados.

Finlay la abrazó con fuerza, sintiendo la verdad de sus palabras en cada fibra de su ser. Su amor había sido probado en el fuego de la adversidad, y había emergido más fuerte, más verdadero. Sabían que el camino por delante no sería fácil, pero estaban listos para enfrentarlo juntos, como compañeros, amantes y aliados.

Cuando la luna brilló en lo alto, iluminando su camino de regreso al castillo, ambos sabían que, por primera vez en mucho tiempo, podían mirar hacia el futuro con esperanza. La paz que habían forjado no solo unía a sus clanes, sino que también les daba la oportunidad de construir una vida juntos, una vida llena de amor, respeto y, sobre todo, libertad.

El nuevo comienzo que tanto habían ansiado finalmente había llegado, y con él, la promesa de una vida en la que podían ser verdaderamente felices. Finlay y Catriona se tomaron de la mano, listos para caminar juntos hacia ese brillante futuro, sabiendo que, mientras estuvieran el uno al lado del otro, podrían superar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

Epílogo: El Corazón del Guerrero

El sol descendía lentamente en el horizonte, bañando los jardines del castillo MacLeod en un cálido resplandor dorado. Las flores, que habían comenzado a florecer con la llegada de la primavera, se balanceaban suavemente con la brisa, como si el mismo viento celebrara la paz recientemente alcanzada. Finlay y Catriona caminaban juntos, sus manos entrelazadas, dejando que el silencio hablara por ellos mientras sus pasos resonaban suavemente sobre el sendero de piedra.

Los días de conflicto parecían un recuerdo distante, aunque las cicatrices de la batalla aún marcaban sus almas. Habían luchado no solo por sus clanes, sino también por su amor, un amor que había florecido en medio de la adversidad y que ahora brillaba más fuerte que nunca.

Finlay observó el rostro de Catriona, iluminado por la luz suave del atardecer. Había algo en su expresión que lo conmovía profundamente, una mezcla de determinación y serenidad que solo podía venir de alguien que había conocido el dolor y la superación.

—Nunca imaginé que este día llegaría —dijo Finlay, rompiendo el silencio, su voz baja y reflexiva—. Un día en el que no tendríamos que pelear, en el que podríamos simplemente caminar juntos, sin miedo al mañana.

Catriona lo miró, sus ojos brillando con una mezcla de amor y gratitud.

—Tampoco yo —respondió—. Pero ahora que estamos aquí, no puedo evitar sentir que todo lo que hemos pasado ha valido la pena. La paz, nuestro amor... todo lo que tenemos ahora es fruto de nuestra lucha, de nuestra perseverancia.

Finlay asintió, sintiendo cómo su corazón se llenaba de una cálida seguridad. Recordaba todas las veces que había dudado, todas las veces que había temido perderla. Y sin embargo, aquí estaban, caminando juntos hacia un futuro que ellos mismos habían forjado.

—Aún queda mucho por hacer —continuó Catriona, su tono más serio—. Esta paz es solo el comienzo. Hay heridas que deben sanar, desconfianzas que superar. Pero sé que, mientras estemos juntos, podemos enfrentarlo todo.

Finlay se detuvo, girándose para mirarla de frente. Levantó una mano para acariciar suavemente su mejilla, como si quisiera asegurarse de que ella era real, que todo lo que habían logrado era más que un sueño.

—No puedo imaginar hacer esto con nadie más —dijo con una intensidad que hizo que el corazón de Catriona latiera más rápido—. Juntos, Catriona. Enfrentaremos lo que venga juntos.

Ella sonrió, una sonrisa que hablaba de un futuro lleno de esperanza y amor.

—Juntos —repitió—. Siempre juntos.

El sol continuaba su descenso, pintando el cielo con tonos de rosa y púrpura. A lo lejos, el sonido de la vida cotidiana en el castillo se desvanecía, dejando que los dos amantes disfrutaran de la tranquilidad del momento. No había necesidad de palabras adicionales; todo lo que necesitaban decirse estaba en la forma en que se miraban, en la manera en que sus manos permanecían entrelazadas, un símbolo de la unión que habían luchado tanto por preservar.

Se detuvieron al borde del estanque que reflejaba el cielo en calma. Finlay se inclinó y besó suavemente a Catriona, un beso que sellaba no solo su amor, sino también la promesa de un futuro compartido. Cuando se separaron, ella apoyó su cabeza en su hombro, dejando que la calidez de su cercanía la envolviera.

—Recuerdo cuando llegué por primera vez a estas tierras —dijo Finlay, su voz llena de nostalgia—. No sabía qué esperar. Pero lo último que imaginé fue que encontraría el amor aquí, en el corazón de un territorio enemigo.

—No somos enemigos, Finlay. No lo somos desde hace mucho tiempo —respondió Catriona, su tono suave y lleno de convicción—. Somos compañeros, aliados... almas gemelas.

Él sonrió ante sus palabras, sabiendo que eran verdad. Habían pasado por tanto, y ahora, finalmente, podían disfrutar de lo que habían construido juntos. El viento trajo consigo el aroma de las flores, un recordatorio de que la vida seguía, de que había un mundo más allá de las guerras y las rivalidades.

—¿Qué crees que nos depara el futuro? —preguntó Catriona después de un largo silencio, su voz apenas un susurro.

—Lo que nosotros queramos que sea —respondió Finlay con firmeza—. Hemos demostrado que somos más fuertes juntos, que no hay desafío que no podamos superar. Nuestro futuro es nuestro, Catriona. Y pienso luchar por él cada día de mi vida.

Ella levantó la mirada hacia él, y en sus ojos, Finlay vio un reflejo de su propio corazón. Sabía que la lucha no había terminado, que aún había retos por delante, pero por primera vez en mucho tiempo, sentía una profunda paz. Porque no estaba solo. Porque tenía a Catriona a su lado.

—Entonces, hagámoslo —dijo ella, con una determinación renovada—. Construyamos ese futuro juntos.

Con un último vistazo al atardecer, comenzaron a caminar de regreso al castillo, sus siluetas recortadas contra el cielo en llamas. El castillo MacLeod, que una vez había sido un símbolo de conflicto, ahora se alzaba como un faro de esperanza, un hogar donde el amor y la paz finalmente podían florecer.

Mientras avanzaban, las manos aún entrelazadas, sabían que su camino no sería fácil, pero también sabían que juntos podían enfrentar cualquier cosa. El corazón del guerrero, antes

endurecido por la batalla, ahora latía con un propósito renovado, lleno de amor y de la certeza de que su historia estaba lejos de terminar.

Y así, con el sol finalmente ocultándose, Finlay y Catriona caminaron hacia el futuro, listos para lo que viniera, seguros de que, pase lo que pase, lo enfrentarían juntos. Porque al final, habían encontrado en el otro lo que sus corazones siempre habían buscado: un hogar, un amor verdadero, y la promesa de un nuevo comienzo.

Otras historias de S. K. Wallace

[Puedes encontrar todas mis historias aquí.](#)